


188

C. CARRADOS · LA GRAN CARRERA

# LA GRAN CARRERA

CLARK CARRADOS

La gran carrera

Colección **ESPACIO**

# La gran carrera

por

**Clark Carrados**



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51- 53
BARCELONA

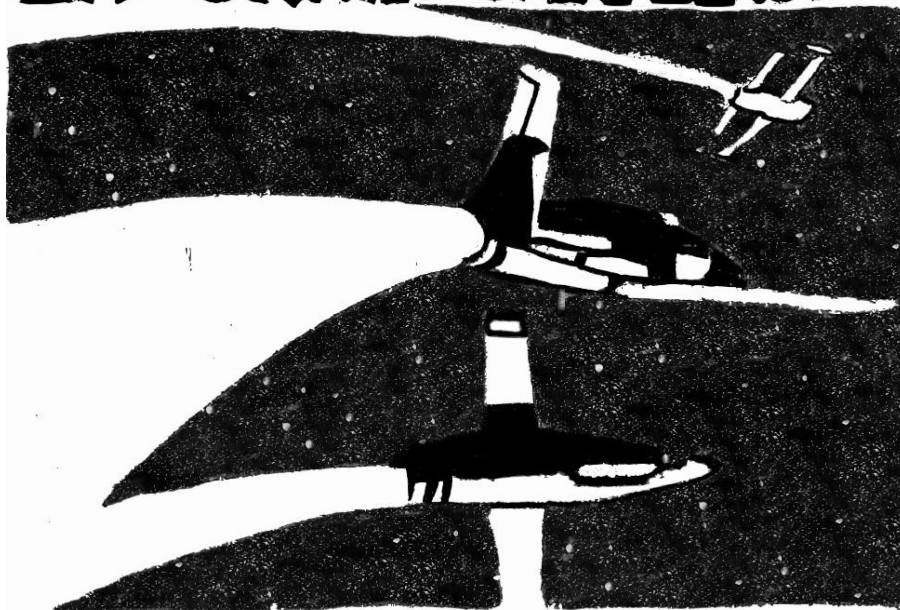
Depósito legal B. 894 - 1960

Registro núm. 196 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta — Arnaldo de Oms, 51 - 53 —, Barcelona




CAPÍTULO PRIMERO




ETIRÓ la sartén del fuego, todavía crepitante, relamiéndose por anticipado. La grasa hervía agradablemente y ella y las cuatro truchas doradas que estaban nadando en la misma, olían a gloria.

Michael William Eamon George Herman O’Bannion, más conocido entre sus amigos — pocos pero elegidos —, por el sobrenombre de «Big» (Gran) Mike, acercó la sartén a su nariz y aspiró profundamente, al mismo tiempo que cerraba los ojos.

— ¡Mmmm...!—dijo-—. Esto es... comida y no las insípidas hebras blancas que hay dentro de las latas cuyas etiquetas anuncian truchas de montaña. Esto son truchas, Mike, y son para ti.

Volcó el conjunto en una gran fuente que tenía sobre la rústica mesa situada en el centro de la cabaña. Se preparó una ensalada rápidamente, buscó unas rebanadas de pan y una botella de buen vino californiano, puesta a enfriar en las rápidas aguas del turbulento

arroyo próximo, y requirió el tenedor y el cuchillo.

La puerta de la cabaña estaba abierta de par en par, dejando paso libre a la luz y al aire. La luz quedó parcialmente velada.

Mike detuvo el gesto. El tenedor con una substanciosa tajada de trucha quedó a mitad de camino de su boca. Levantó los ojos.

Por un instante pensó en requerir su fiel y vieja pistola de pólvora. Ésta no le había fallado nunca; no era como las ultramodernas pistolas atómicas, posiblemente de efectos más seguros y aun espectaculares; pero, al menos, con aquélla no corría el riesgo de provocar su auto desintegración con un corrimiento de la fisión nuclear a toda la carga del arma.

Pero en seguida supo que no le haría falta arma alguna. Por lo menos, en aquél momento.

La causa de aquel parcial oscurecimiento era la silueta de un cuerpo humano. Femenino, sin duda alguna. Y muy bien dotado en los lugares correspondientes, según Mike podía observar claramente, sin ningún obstáculo.

Ella vestía una especie de chalequillo sin mangas ni tirantes, de color rojo, que dejaba al descubierto el espléndido tono tostado de sus redondos hombros. El resto del cuerpo estaba cubierto, desde el inverosímil talle hasta unos centímetros por encima de las rodillas, por una anticuada pero no por ello menos elegante falda de color blanco. Se calzaba con unas ligeras sandalias de tejido rojo y no llevaba nada en el pelo.

Éste era de color rubio rosado y parecía, a contraluz, formar un halo en torno a su cabeza. Los ojos eran verdes, profundos, y sus labios habrían arruinado a los fabricantes de lápices de color.

Mike bajó el tenedor, depositándolo en el plato.

—Una obra perfecta — expresó —. El sueño de un pintor... como deben ser los pintores, creo yo.

—Gracias, señor O'Bannion. ¿Puedo pasar? — preguntó ella, con voz intensamente musical—. ¡Mmm...! Esas truchas huelen muy bien.

Mike se puso en pie.

—Las pesqué yo mismo. En honor a las circunstancias, le cederé dos, señorita...

—Viola Virsov, señor O'Bannion. Muchas gracias por la invitación. Realmente, el aire de las montañas abre el apetito.

—Siéntese, señorita Virsov. ¿Virsov... de las Espaciolíneas Virsov? — preguntó Mike, en tanto le ofrecía un taburete.

—Justamente, señor O'Bannion. Gracias otra vez.

Con grácil desenvoltura, pero sin demostrar desfachatez, la

muchacha, cuya edad calculó Mike en unos veintidós o veintitrés años como máximo, se sirvió un par de truchas y empezó a comer.

Mike la imitó y durante unos momentos ninguno de los dos habló, muy ocupados ambos en saborear aquel riquísimo manjar. Pero ello no impidió que el dueño de la cabaña pensara en dos cosas: ¿cómo había llegado ella hasta allí y con qué motivos, y qué diablos podía llevar en aquel bolso rojo tan abultado que había dejado pendiente del respaldo de la silla?

Terminaron pronto; el apetito que sentían no era para andarse con florituras y en quince minutos dejaron limpios los platos, a excepción, naturalmente, de las espinas. Entonces, ella se reclinó en la silla y le miró con ojos brillantes y una sonrisa en la boca.

—Hacía mucho tiempo que no comía tan bien, señor O'Bannion. Le felicito doblemente: por la pesca y por la cocina.

—Muy amable — dijo él, ofreciendo cigarrillos. Prendieron cada uno el suyo y, con la primera bocanada de humo, dijo —: Suprima los tratamientos, por favor. Llámeme Mike, a secas.

—«Big» Mike — contestó Viola pensativamente, observando los anchos hombros y el poderoso tórax del hombre que tenía ante sí —. Un sobrenombre muy apropiado… tanto física como moralmente.

—No hablemos de moral, por favor— dijo él —. Recientemente, ese es un artículo muy escaso.

—En usted, «Big» Mike.

El aludido aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Si se refiere a mi sanción, estoy de acuerdo con ella, señorita Virsov, de las Espaciolíneas Virsov. Pero de nada más tengo que reprocharme, ¿estamos?

—Estamos, Mike. Una lástima que le retuvieran su patente de capitán de espacionave.

—Mala suerte. Uno hace las cosas siempre creyendo que le van a salir bien. Pero luego va y resulta que no, que no han salido bien, Y entonces, cuando el que ha organizado el jaleo es uno, se pone de rodillas y da gracias a Dios de que la cosa haya terminado sólo con la perdida de la patente astronáutica. Podía haberme costado diez años de encierro en la Fortaleza Negra y, créame, eso es bastante desagradable.

—Lo sé — repuso ella, terminando su pitillo—. He oído decir muchas cosas acerca de esa Penitenciaría. Se ha hecho mucha literatura y… Pero no es de ello que he venido a hablar con usted, sino de algo muy distinto.

Viola se volvió a medias, escorzando el busto, que se marcó

opulento contra la ropa. Tomó el bolso y lo abrió, extrayendo algo que arrojó sobre la mesa, frente al joven.

Mike tomó aquella libreta de tapas oscuras, abriéndola. Leyó lo que había escrito en su interior y dio un bote en el asiento.

— ¿Cómo lo ha conseguido? —miró a Viola con ojos llameantes.

—Influencias, supongo —- contestó ella, en tono negligente —. ¿Qué, le disgusta?

Mike cerró la libreta, ocultándola bajo la palma de su enorme mano. Entrecerró los párpados.

—Usted quiere algo de mí — dijo.

— ¡Qué gracioso! Se equivoca. Alguien me dijo que había pescado unas magníficas truchas, que usted las cocinaba estupendamente y me entraron ganas de saborearlas. Pero me doy cuenta de que, después de que le retiraron la patente, sus finanzas no deben de marchar muy boyantes, por lo que, si no le molesta, trataré de pagarle el convite. No, no se ofenda, Mike. Por lo menos, antes de tiempo.

Nuevamente requirió Viola el famoso bolso. Extrajo de él un papelito rectangular, alargado, de color azul claro, que colocó al lado de la libreta.

Los ojos de Mike se desorbitaron al leer la cifra escrita en el cheque. ¡250.000 «garants»!

—Es legítimo. Controlado por el Primer Banco Federal de la Unión de Estados Terrestres. Fíjese, además, en que va a su nombre, Mike; de modo que, aunque lo perdiera, sólo usted lo podría cobrar.

El joven sonrió débilmente.

—Se nota que revienta de dinero, señorita. Ciento veinticinco mil «garants» por cada trucha es un pago realmente generoso. ¿Quiere que salga a pescar más?

Ella sacudió la cabeza y sus cabellos ondearon. Estaban sueltos, libres sobre sus dorados hombros.

—Esto es el pago de todas las truchas que pudiera pescar mientras que esté a mi servicio..., «capitán» O'Bannion — dijo ella, subrayando significativamente la palabra.

—Oír es obedecer, mi señora — contestó él irónicamente —. Ya me supongo que recapturó mi patente por algo más que por el simple placer de comer truchas en mi compañía. Dígame, ¿le costó mucho?

—No. Fue sencillo. El presidente del Tribunal aceptó mis disculpas. No es usted el único comandante de espacionave que, de vez en cuando, contrabandea un poco. Pero eso sí, me hizo prometer

que, mientras usted mandase mi nave, no habría contrabando.

—Debió gastarse el dinero a chorros para convencer al viejo Smullen.

—Sólo un beso — contestó ella placenteramente —. Es mi tío.

Mike respingó. Pero luego sonrió bonachonamente.

— ¡Bendita sea! ¡Es usted la mujer más pintoresca, en el buen sentido de la palabra, que he visto en mi vida! Sólo usted hubiera sido capaz de convencer a Smullen,

—Ventajas de tenerlo en la familia, Mike. ¿O le gusta más que le llamen capitán?

—No, Mike está bien. Así lo hicieron desde que pude tenerme en pie. Hace treinta y dos años, señorita; no soy tan viejo.

—Lo sé — contestó ella —. Estoy enterada de todo cuanto le concierne. Por eso vine a verle.

El joven miró una vez más el cheque y la libreta. Metió aquél dentro de ésta y luego guardó ambas cosas en el bolsillo posterior de sus pantalones.

Juntó las manos y contempló expectantemente a la muchacha.

—Soy todo oídos, jefe — dijo de buen humor —. ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Aguarde un momento — contestó la muchacha. Por tercera vez requirió el bolso, del que sacó un periódico. Lo desplegó y se lo colocó delante —. Lea los titulares y dígame su opinión.

Mike hizo lo que le decían. Realmente, la noticia no tenía desperdicio.

PRÓXIMA CATASTROFE SIDERAL

ASTRÓNOMOS PREDICEN CHOQUE DE DOS PLANETOIDES

El resto estaba consagrado a dar la posición actual de los dos planetoides, con todo lujo de detalles respecto a sus órbitas e igualmente respecto al lugar del cielo en donde se produciría el encuentro. Terminaba diciendo que se alistaban varias expediciones científicas para estudiar el raro fenómeno, como igualmente un par de ellas turísticas, con objeto de que todo aquel caprichoso que dispusiera del suficiente dinero para pagarse el viaje pudiera observar la catástrofe desde lugar seguro, la cual sería televisada por una poderosa empresa de noticias.

Mike levantó la vista del diario y la clavó en el rostro de la muchacha.

—Y usted quiere que yo la lleve hasta allí, señorita Virsov.

—Justamente — repuso ella, sin inmutarse.

—Por cien mil «garante» podría haber ido como simple turista. Se habría ahorrado ciento cincuenta mil «garants».

—Entonces no conseguiría lo que deseo.

— ¿Y qué es lo que quiere?

—El segundo de los planetoides. El designado con el poco poético nombre de KZF-4701.

Mike movió afirmativamente la cabeza.

— ¡Ah, ya! — dijo con acento comprensivo —. Quiere hacerse un pisapapeles para su mesa de despacho.

— ¿Y por qué no? —contestó ella, en el mismo tono —. Un pisapapeles de platino siempre es una nota original. Puede que no sea de buen gusto, pero no me negará usted que...

Los ojos de Mike estaban desorbitados.

—Ha dicho platino.

—Exactamente. Esa es la palabra, «Big» Mike.

Éste sacudió la cabeza.

—No me cabe aquí — dijo, señalándose con el índice la frente —. ¿Es que los astrónomos se han vuelto locos? Un planetoide de ese tamaño ya no sería tal, sino simplemente un meteorito.

— ¿Y quién le ha dicho que el KZF-4701 sea un pedrusco de sólo unos kilos de peso?

—Yo hablé de un pisapapeles y usted...

—Y yo — le cortó ella con firme acento —, estoy hablando de un planetoide. Un cuerpo celeste de varios kilómetros de diámetro, que va a chocar con otro varias veces mayor. Naturalmente, todas las posibilidades de victoria están a favor de éste.

—Me estoy armando un lío. ¿Quiere darme a entender que trata de obtener su pisapapeles antes de que el choque lo reduzca a polvo?

— ¿Quién ha dicho que yo pienso conformarme con un simple pisapapeles? —dijo ella, ofendida—. «Quiero todo el planetoide.»

La mandíbula de Mike colgó repentinamente.

— ¿Todo... el... planetoide? —balbuceó.

—Efectivamente. Y para ello cuento con usted.

El joven se pasó la mano por la frente.

—Si no se explica de una vez — murmuró —, croo que voy a volverme loco.

Viola sonrió.

—Trataré de ahorrarle la minuta del psiquiatra, Mike — dijo —. Lo que necesito de usted es que me lleve hasta las inmediaciones del KZF-4... Bueno, dejémoslo en K-4; el nombrecito, además de feo, es largo. Bien, una vez que hayamos concordado nuestras órbitas respectivas, trataremos de desviarlo de la suya y así evitar el choque que lo destruiría.

Mike resopló.

— ¡Arrancar de su órbita a un planetoide que, posiblemente, pesará varios millones de toneladas! ¿Se ha vuelto loca?

— ¿Tan difícil es? Basta situarle unos cuantos cohetes de gran potencia en el lugar más adecuado y luego encenderlos por control remoto. . No pretendo traerlo hasta aquí, Mike, sino, simplemente, evitar el choque.

—Entiendo — murmuró él, moviendo pesadamente la cabeza —. Usted pertenece a la S.P.D.P.P.Y.D.

—Eso ¿qué es? —preguntó ella, extrañada.

—«Sociedad Protectora De Planetoides Pobres Y Desvalidos» — contestó él, muy serio.

Viola le miró unos instantes. Luego expresó claramente su opinión.

—No estoy loca, capitán O'Bannion. No soy una chiflada, si es eso lo que usted está pensando. No se puede estar loco, cuando se trata de hacerse con un cuerpo celeste compuesto, en su noventa y cinco o noventa y seis por ciento, de platino puro.

—Ha tenido pesadillas — dijo él.

— ¡No he soñado! —gritó Viola, exasperada—. Está comprobado científicamente y es la pura verdad. Hay allá arriba un montón de toneladas de platino que nos están aguardando... ¡y usted lo echa a broma!— concluyó ella, a punto de echarse a llorar.

—Bueno, bueno, serénese — dijo Mike conciliador —. Le ruego me dispense. Ahora bien, suponiendo que todo eso sea cierto, ¿cómo lo sabe?

—Se lo dijo el director del Observatorio a mi papá—contestó ella, limpiándose las lágrimas con un pañuelo de tamaño microscópico.

— ¿Ha confirmado el espectrograma la presencia de platino en el K-4?

— ¿Cree que estaría aquí, si no fuera así?

—Pero su padre tiene decenas de pilotos que...

—No sea tonto, Mike. Papá no puede emplear a ninguno de los comandantes de espacionave de la compañía, porque la noticia correría como la pólvora. ¿Ha leído usted algo referente al platino en

el diario?

—Por cierto que no — observó él, muy pensativo.

—Esto es algo que se mantiene en secreto — dijo la muchacha —. Hasta ahora, sólo muy pocas personas, además de los citados y usted y yo, lo saben. Esas personas, por la parte que les concierne, han prometido guardar silencio. ¿Se imagina lo que sucedería si la cosa se hiciese pública?

—No me lo diga — se estremeció él —. Una estampida que...

—Justamente. Y eso es lo que nosotros tratamos de evitar.

—En beneficio de la compañía — exclamó él duramente.

—Se equivoca, Mike. Es cierto que la compañía obtendrá un buen beneficio, pero no obramos del todo por nuestra cuenta. El gobierno ha echado también su cuarto a espadas. A ver — añadió ella con cierto retintín —, si se cree usted que basta un simple beso en la calva para que mi tío devuelva una patente de capitán de astronave.

—Ya me parecía a mí. Smullen ha sido siempre más derecho que un huso.

—Gracias, en nombre de mi tío. Y ahora que ya lo sabe todo, ¿qué contesta?

—El gobierno — dijo él meditabundo — no quiere tomar parte, oficialmente, en la empresa, porque, de lo contrario, tendría que hacerse público y se produciría la gran estampida hacia el K-4. Lo cede a una empresa privada y ésta, para disimular más todavía, lo encarga a una, en apariencia, señorita rica y caprichosa, que tiene ganas de contemplar «de visu» el choque de dos planetoides. Nosotros, desviamos de la órbita al K-4... ¡y ya está!

—Exactamente. Después, se establece una fuerte guardia en tomo al planetoide y nuestras naves se encargarán de traer el mineral a la Tierra. Demasiado sabe usted la escasez de platino que hay ya. Con el que contiene el K-4 se podrían remediar nuestras necesidades durante varios cientos de años. La empresa, como ve, no es muy difícil.

—Por supuesto que no, señorita Virsov. Y me agrada, además.

Ella sonrió y al hacerlo su rostro pareció resplandecer.

—Gracias, Mike. Sabría que lo haría.

— ¿Por qué me buscó a mí precisamente?

—Verá — contestó la muchacha—, usted está... estaba sin trabajo. Los informes que teníamos de usted no pueden ser mejores Además..., además... es hombre de lucha y...

Mike frunció el ceño.

—Eso quiere decir que temen algo.

—Pues, sí — admitió la muchacha, aunque a regañadientes.

— ¿Qué es lo que temen? ¿No dicen que todo es secreto, hasta ahora?

—Verá, Mike; la verdad es que...

La muchacha se interrumpió de pronto. Al unísono con Mike, miró hacia la puerta.

Unos pasos pesados y cautelosos acababan de escucharse, aproximándose a la cabaña. Viola palideció.

Pero Mike no dudo de lo que tenía que hacer. Su mano voló al cajón de la mesa y extrajo una pesada pistola automática, cuyo cañón enfiló hacia la puerta.

Justamente, en aquel momento, dos hombres aparecieron en la misma. Los dos eran portadores de sendas pistolas atómicas.

—Me parece — dijo el joven pausadamente —, que el secreto del K-4 ha dejado ya de serlo —. Luego levantó la voz—: ¿Tienen la bondad de tirar sus armas al suelo?

## CAPÍTULO II




N aquel momento, resonó una voz a espaldas del joven.

—Yo creo que es usted quien debiera dejar esa pistola, capitán O’Bannion.

El acento del que había hablado era suave y educado y encerraba una ominosa amenaza que Mike no dejó de apreciar.

Pero no movió su mano derecha.

— ¿Por qué no se hace visible, amigo? —preguntó cortésmente.

—Deje esa pistola, capitán — repuso el otro —. Sé que usted puede disparar y matar a mis dos hombres, pero no conseguiría evitar que yo lo hiciera… sobre la señorita Virsov. Y verdaderamente, sería una lástima convertir en un puñadito de humo un cuerpo tan magnífico.

Mike miró a Viola. Ésta asintió con leve parpadeo.

El joven dejó la pistola sobre la mesa. Levantó las manos.

Sonó una carcajada.

—Así se hace, capitán. Muy bien; ahora podremos entendernos usted y yo. Vigiladlo bien, muchachos.

Los dos individuos penetraron en la estancia. Mike los observó, diciéndose que, si no eran hermanos, lo parecían, dada la similitud de complexión y fisonomía. Eran aún más altos que él — y Mike medía uno ochenta y cinco — anchos de hombros y sus músculos abultaban claramente bajo las ajustadas ropas que vestían, de un desagradable color gris.

Unos pasos rápidos se oyeron contorneando la cabaña. Un hombre cruzó el umbral, pasando por entre los dos esbirros, que permanecían inmóviles a ambos lados de la puerta.

El recién llegado vestía un deslumbrador traje encamado, de dos piezas, con los pantalones muy ajustados, tanto, que casi parecía un bailarín. Tendría unos treinta y cinco años y era algo más, bajo que Mike, delgado, pero no esquelético y de aspecto astuto e inteligente, cosa que delataban sus brillantes pupilas negras. El engomado cabello, que terminaba en un agudo pico en el centro de la frente y el fino bigotito negro que sombreaba su labio superior, le confería un aspecto mefistofélico insuperable.

Sonrió, dejando ver unos dientes de deslumbrante blancura.

—Señorita Virsov, capitán, les ruego me dispensen por la descortés interrupción del delicioso «tete a tete» que ambos estaban sosteniendo. Tengo algo urgente de que hablar con ustedes y por ello me permití irrumpir aquí de esta forma tan, digamos, desagradable.

El individuo guardó la pistola en una funda que le pendía de un tosco cinturón. Luego prosiguió:

—Antes, sin embargo, permítanme presentarme. Mi nombre es Spattino, Umberto Spattino; y estos dos hombres que me acompañan, de toda mi confianza, atienden por Jack y Sam. Resulta desagradable hacerles enfadar; pierden los estribos con mucha facilidad.

—En cambio, usted, señor Spattino, es un hombre muy equilibrado, ¿verdad? — dijo Mike.

El gomoso se inclinó levemente.

—Muy cierto, capitán. Usted lo ha dicho. Pero no es de mis cualidades ni de las de mis ayudantes de lo que hemos de hablar, sino de ustedes, de su plan para capturar el K-4... y de mí.

Mike miró a Viola con soma.

—El secreto ha dejado de serlo, señorita. Virsov.

Ella se mordió los labios, pero no dijo nada.

Spattino agitó una mano.

— ¡Oh, no, capitán, no! Sigue siendo tan bien guardado como hasta hace unos momentos, con la sola excepción de que somos tres personas más a compartirlo. Pero fuera de nosotros y los estrictamente autorizados, nadie más lo sabe, puedo garantizárselo.

—Y bien — dijo Mike —, ¿qué es lo que pretende de nosotros?

Spattino avanzó hasta situarse en un costado de la mesa, entre los dos jóvenes,

—Sencillamente, una cosa: la astronave particular de la señorita.

Viola se encogió de hombros.

—Bueno, llévesela.

—No me ha entendido bien. O — suspiró el gomoso — acaso soy yo el culpable, que no he sabido expresarme correctamente. Quise decir que preciso de su nave, de su reciente capitán... ¡y de usted, señorita Virsov!

Viola se puso en pie con tal ímpetu que derribó la silla estrepitosamente.

— ¡Es usted un...!

Uno de los esbirros avanzó un paso. Spattino lo detuvo con un simple gesto de su mano.

—Quieto, Jack. Mejor dicho, levanta la silla y acomoda de nuevo a la señorita. Por favor...

Ella frunció el entrecejo, volviendo a sentarse. Como al desgaire, Spattino acarició la pistola del joven, arrojándola luego de repente a un rincón de la estancia.

—Yo y mis dos hombres — dijo con acento incisivo — iremos con ustedes en busca del K-4. Formaremos parte de su tripulación.

— ¿Cree que todo eso es tan sencillo, señor Spattino? — dijo Mike.

—Para mí, sí. Y para ustedes también ha de serlo, salvo... que se atengan a las posibles consecuencias.

—Emplea un tono truculento y pasado de moda, Spattino — observó el joven.

—Es posible. Pero lo que ya no resultaría tan truculento ni pasado de moda serían las consecuencias de su negativa a concederme lo que les pido.

—Muy bien — asintió Mike —. Supongamos que toma la astronave y me toma a mí como su capitán.

Pero quiere explicarme, por favor, ¿para qué necesita a la señorita?

—Me temo mucho que ustedes no me hayan comprendido. Viniendo la señorita Virsov con nosotros, el secreto de mis propósitos estaría muy bien guardado. ¿Cómo, entonces, iban a hacernos nada las Patrullas del Espacio? En caso contrario, apenas quedase libre la señorita, iría con el cuento a... En fin — suspiró el gomoso —, sírvanse imaginárselo ustedes mismos. A mí me fatiga mucho el hablar.

—Ya lo veo — dijo el joven con sarcasmo —. Quiere el platino para usted solo.

—Justamente.

—Pero su plan adolece de muchos defectos, Spattino.

Éste enarcó las cejas.

— ¿Sí?

—Sí—dijo Mike con calor—. Ese platino...

—Ese platino — le interrumpió Spattino suavemente — no es de nadie y es de todos. Hubo una época, aquella en que los viajes interplanetarios eran todavía una novedad, en que todos los minerales que hay en cualquiera de los planetas y sus satélites, estaban a la disposición del gobierno de la Tierra. Pero después, con la incesable e inevitable proliferación de los mencionados viajes, se derogó dicha ley. Este platino— concluyó el individuo con dureza — es tan suyo como mío, como del primero que llegue al pedrusco. ¡Y yo estoy dispuesto a ser el primero!, ¿me han comprendido?

—Con claridad meridiana. Señor Spattino, a pesar de todo lo dicho, ¿me permite usted presentarle aún una objeción?

—Hágalo — concedió secamente el aludido.

—Todavía nos costará algún tiempo alistar la astronave. ¿Cómo piensa arreglárselas para mantenemos en silencio durante todo ese tiempo?

—Eso es cuenta mía — repuso Spattino -—. Lo interesante es que quiero la nave, a su dueña y a su capitán. Y vendrán conmigo, o yo iré con ustedes. Como prefieran; el resultado me es indiferente.

Mike arrojó una larga mirada hacia los esbirros, que continuaban inmóviles a unos cuantos metros de la mesa. Luego volvió la vista hacia la muchacha.

—En fin — dijo —, que no nos queda otro remedio que acceder.

—Todavía no estoy yo muy segura de hacerlo — dijo Viola, enojada.

—Lo hará, lo hará, señorita Virsov —- murmuró Spattino con benigno acento,

— ¿Por qué nos ha elegido precisamente a nosotros?

—Las razones son obvias, mi querida señorita. Usted... es usted. Una Virsov en suma. El capitán O'Bannion…, bueno, hay muy pocos como él. Audaz, valiente, frío, enérgico... y muy competente, capaz de recorrer las doce lunas de Júpiter a caballo en una escoba. Y si hablamos de la nave, pues... no creo haya actualmente otra tan rápida ni tan bien construida.

—Se olvida usted de la tripulación, Spattino — dijo Mike.

Éste sonrió débilmente.

—Mi querido amigo, jamás acometo una empresa sin haber atado

todos los cabos. Cada uno de sus antiguos tripulantes, capitán O'Bannion, ha recibido ya un telegrama, firmado por usted, desde luego, en el cual se le ofrece una plaza en el viaje. Paga doble, seguro también doble..., en fin, que no falta ningún detalle. Y si hay un comandante de astronave capaz de hacerse querer y respetar por sus hombres, ése es usted, O'Bannion. Acudirán puntualmente, téngalo por seguro.

Mike miró a Viola.

—Un tipo astuto, evidentemente — comentó.

—Viniendo de usted — dijo Spattino —, eso es un elogio. Gracias, capitán. Y ahora, cuando quieran...

— ¿Nos vamos ya? —interrogó la muchacha.

—Sí. Creo que ya hemos hablado cuanto queríamos hablar, ¿no les parece?

Ella levantó los hombros y consultó con la vista al joven. Mike pareció reflexionar.

Tenía las manos en el borde de la mesa. Spattino se hallaba en uno de los lados de la misma, entre él y la muchacha. Jack y Sam estaban enfrente.

Súbitamente, levantó la mesa, accionando con inenarrable violencia. Platos, botellas y vasos, volaron por los aires, yendo a dar en el rostro de Spattino, de cuya boca se escapó un atroz juramento.

Al mismo tiempo, lanzó un grito:

— ¡Al suelo, señorita!

La mesa continuó su viaje, golpeando en el rostro y pecho al gomoso, quien cayó de espaldas. Spattino empezó a pelearse con el mueble, para deshacerse de él, en tanto que Mike se abalanzaba contra los dos esbirros.

No obraba ciegamente al actuar en aquella forma, ya que sabía que tanto su vida como la de la muchacha estaban seguras. Spattino les quería vivos; muertos no le serían de ninguna utilidad, antes bien, de un grave estorbo para sus planes.

Más que el derribar a su jefe, fue el gesto de abalanzarse hacia ellos lo que sorprendió a los esbirros. Aquí ganó Mike unos preciosos segundos, que empleó en arrojarse de cabeza contra el vientre de Sam.

Éste lanzó un agónico gruñido al sentir el fenomenal impacto en el vientre, abrió los brazos y cayó de espaldas. Su cabeza chocó contra el entarimado de la cabaña y se desmayó instantáneamente.

Mike no perdió el tiempo. Se incorporó con tremenda rapidez, volviéndose sobre sí mismo, a la vez que Jack se le arrojaba encima. Al hacerlo, su brazo derecho giró, describiendo un semicírculo

horizontal.

La muñeca del joven chocó contra la nuez de Jack con terrorífica violencia. Éste boqueó agónicamente, desentendido de otra cosa que no fuera el atroz dolor que sentía en la región tan duramente maltratada.

Mike terminó, temporalmente, con sus sufrimientos, golpeándole en la nuca con el filo de la mano. El individuo se desplomó como un saco.

Acto seguido, giró sobre sus talones, disponiéndose a enfrentarse con Spattino. Mas al instante vio que ya no era preciso.

El gomoso yacía en el suelo, todavía con el cuerpo bajo la pesada mesa de madera. Tenía la cabeza ladeada hacia la parte opuesta y en su sien derecha se veía un feo moretón.

Viola estaba a su lado y sonreía en actitud resplandeciente.

— ¡Una pelea magnífica, Mike!—dijo un tanto excitada.

El joven la miró inquisitivamente. Ella asintió,

—Fui yo — dijo —. Cuando vi que estaba caído y trataba de levantarse, le di un puntapié en la cabeza. ¡El pobre! Ahora duerme tan bien...

Mike tomó el brazo de la muchacha.

—Los otros también — exclamó —. Y lo mejor que podemos hacer es largamos de aquí cuanto antes. No vino a pie, ¿verdad?

—Por supuesto que no — repuso ella, sin perder la sonrisa. Se tomó la falda con ambas manos y dio una vuelta completa sobre sí misma —. ¿Es este un equipo de alpinismo, Mike?

— ¡Ejem, ejem...! — carraspeó él, súbitamente atragantado —. Voy a recuperar mi pistola. Sin ella., hay veces que me siento cojo.

Una vez hubo hecho lo que acababa de decir, Mike agarró la mano de la muchacha y se dirigió hacia la puerta. Antes de llegar a ella, advirtió que Sam rebullía, intentando levantarse. Le golpeó la mandíbula con la punta del zapato y el sicario volvió a desmayarse.

Echaron a correr. Ella le guio, siguiendo durante unos momentos el camino que corría junto al riachuelo, bordeado de una densa masa de pinos y abetos. Unos minutos más tarde, llegaron a un ancho claro, en el cual se veían dos helicópteros.

Salvo en el color, los dos eran idénticos. Cada uno de ellos tenía dos grupos rotores, escondidos bajo el fuselaje, en las partes delanteras y traseras del vehículo, viéndose únicamente las rejillas que permitían el paso del aire aspirado por las hélices. A no ser por este espacio anormal en su estructura, casi hubieran podido tomarse por

automóviles de mediados del siglo **XX**, salvo, naturalmente, la diferencia de las patas sustentadoras que desaparecían en la parte inferior al emprender el vuelo.

La muchacha llegó hasta su aparato y abrió la portezuela. Pero antes de penetrar en él, Mike exclamó:

— ¡Aguarde un momento!

— ¿Qué le ocurre ahora? Mike, hemos de damos prisa; esos tipos pueden despertarse y...

—No tema; sólo es cuestión de un minuto — contestó él por encima del hombro, mientras corría.

Llegó al helicóptero de .los forajidos, abriendo la portezuela y sentándose ante el cuadro de mandos. Se mordió al ver que faltaba la llave de contacto. «Debía haber pensado en ella», se reprochó a sí mismo. «Ahora la tiene Spattino y...»

Pero no perdió mucho tiempo en insultarse a sí mismo. Saltó al suelo y buscó el compartimento de las herramientas. Estaba cerrado con llave.

Lo arregló sacando la pistola y disparando un tiro que pulverizó la cerradura. Abrió la tapa del compartimento y buceó entre las herramientas hasta hallar un largo destornillador y una llave inglesa.

Después volvió a la parte delantera. Curiosa e intrigada, la muchacha se le acercó.

— ¿Qué es lo que va a hacer, Mike?

—Procurar por su salud — dijo, dando a un tornillo la primera vuelta en sentido inverso.

— ¿Eh?

—Lo que oye. Hoy día la gente apenas si camina y el andar es uno de los mejores ejercicios que yo conozco. A estos tipos les hace falta una buena caminata. .. ¡Maldito tomillo!... para desengrasar.

En pocos momentos estuvo suelta la rejilla de acceso al grupo rotor delantero. Mike cambió el destornillador por la llave inglesa y arremetió con las tuercas que sujetaban la hélice.

Dos minutos más tarde, ésta seguía el mismo camino que la rejilla. Todavía quedaba la hélice inferior del mismo grupo, pero Mike ya no se quiso arriesgar a perder más tiempo, considerando, acertadamente, que al faltarle una, el aparato carecía de la suficiente potencia ascensional como para remontarse en el aire.

El vehículo quedaba inutilizado.

Tiró la llave y el destornillador todo lo lejos que pudo. Después gritó:

—	¡Vámonos!

Subió al aparato, sentándose ante el puesto del conductor. Dio media vuelta a la llave de contacto y al instante los motores empezaron a ronronear suavemente.

En aquel momento, Viola lanzó un grito de sorpresa y temor.

—	¡Mike!

—	¿Qué ocurre?

—	¡Mire!

El joven miró en la dirección que le señalaba la muchacha.

Spattino y sus dos esbirros corrían desaforadamente por el sendero que conducía al claro. Jack y Sam llevaban sus respectivas pistolas en las manos y parecían ansiosos por utilizarlas.

—	¡De prisa, de prisa, por favor! —gritó la muchacha.

—No se asuste que ya nos vamos.

Mike apoyó la mano en la palanca de gas. Los rotores aumentaron su velocidad y las hélices chillaron agudamente. Una nube de polvo se levantó del suelo, envolviéndoles, pero el aparato la dejó atrás muy pronto.

Ganaron altura con rapidez. No fue tanta, sin embargo, que no advirtieran el gesto de Spattino, impidiendo disparar a sus secuaces.

—Simpático, ¿eh? — comentó Mike.

Y movió la palanca de dirección haciendo describir al aparato una vuelta sobre sí mismo. Lo inclinó ligeramente hacia la izquierda y su gesto alarmó a la muchacha.

—Mike, ¿qué hace?

El joven soltó una alegre carcajada.

Señaló hacia abajo.

—Vea, vea la graciosa cara que están poniendo ésos monos.

Desde unos cincuenta metros de altura pudieron contemplar perfectamente la escena.

Spattino y los suyos acababan de llegar al lugar donde habían dejado el helicóptero. Se mesaban los cabellos y no metafóricamente, al ver la intencionada avería que el joven les había causado. Quizá pudieran repararla, pero teniendo que buscar las tuercas y los tornillos, además de la llave inglesa y el destornillador, entre la maleza, la cosa les iba a costar más tiempo y trabajo del conveniente para sus turbios designios.

Vieron a Spattino levantar el puño cerrado hacia ellos. Después, Mike torció el volante hacia su derecha y hacia atrás, al mismo tiempo que empujaba a fondo la palanca de gas.

— ¡Que se diviertan, caballeros! —dijo.

El helicóptero describió una amplia curva y se elevó con grandísima rapidez, desapareciendo de la vista de los forajidos en contados segundos.

## CAPÍTULO III



RRUGÓ la nariz Foulkes, el mayordomo, pero éste fue el único gesto de disgusto que hizo.

—Por aquí, señores — dijo —. Tengan la bondad de seguirme.

Ocho o diez individuos, vestidos de todas las maneras imaginables, avanzaron por el amplio vestíbulo de la casa, siguiendo al imperturbable Foulkes. Éste llegó hasta una puerta, que abrió, echándose luego a un lado para que los recién llegados pudieran pasar.

—Tengan la bondad de aguardar unos minutos, señores. La señorita Virsov vendrá en seguida.

Los hombres empezaron a cruzar, hablando y comentando entre sí acerca de lo que estaban viendo. Pero uno de ellos, el último, se

detuvo y agarró a Foulkes por un brazo.

—Oye, momia, has hablado de la dueña de esta choza. ¿Y el capitán O’Bannion?

—El capitán está sosteniendo una conferencia con la señorita — dijo el mayordomo, procurando ocultar su enojo. Puso su mano sobre la del individuo y la quitó de su brazo —. Y no me llamo momia, sino Foulkes…, señor.

—Está bien, momia — sonrió el tripulante, pasando al interior de la estancia. Apenas lo hubo hecho, lanzó un largo silbido—. ¡Fiuuu...! Muchachos, vaya tienda de campaña.

—Hacía tiempo que no veías nada semejante, ¿eh, Gould ?— comentó otro.

Un par de ellos se habían acercado a un amplio bar que había en un ángulo del enorme salón al cual habían sido llevados y estaban sirviendo bebidas, en medio de una gran algazara. Las primeras bocanadas de humo se elevaron en el ambiente.

— ¿Dónde estabas tú cuando recibiste el telegrama, Bert?

—Me había alistado en la «Venus» de tercer radio. Chico, ¿qué iba a hacer? Uno tiene que comer y...

—A mí ms ofrecieron un puesto de radarista en la «Europa». Pero los mandé al cuerno cuando...

—Yo, si no vuelo con el capitán O'Bannion, no estoy a gusto.

—Si me lo pidiera, arrancaría los dientes a mordiscos al presidente.

—El capitán de la «Safari» me ha demandado por abandonarle.

— ¿Nos vamos a dedicar a la piratería?

—Cuando el capitán nos llama es para algo bueno.

— ¿Cómo se las habrá apañado para que le devuelvan su patente?

— ¿Iremos a Marte?

—Lo que yo digo es que al capitán le hicieron una, marranada cuando...

Las conversaciones quedaron súbitamente interrumpidas al oírse una voz en el salón.

— ¡Hola, muchachos!

Todos se volvieron y casi a una lanzaron un jubiloso alarido que hizo temblar las vítreas paredes de la estancia.

—¡Hurra por el capitán!

Pero casi en el acto, el ruido se extinguió. Viola era la causa de

ello.

Realmente, la muchacha estaba hermosísima con un sencillo pero costoso vestido de sociedad, hecho en un tejido brillante, que relucía como si estuviese hecho de un metal mezcla de oro y plata. Era alta de por sí, pero su estatura se veía aumentada por los zapatos de altísimo tacón, del mismo material que el vestido, que calzaba.

— ¡Vaya beldad! — comentó Anse Graber, el radarista.

— ¡Imbécil! ¿Es que no la conoces? Su movifoto ha salido algo así como un billón de veces en...

Mike avanzó, en unión de la muchacha, hasta el centro de la estancia.

Sonreía abiertamente.

—Señorita Virsov, tengo el gusto de presentarle al grupo de piratas del espacio que componen mi tripulación. Éste es Hans Köhler, mi segundo. Matt Leahy, tercer oficial. Gould, maquinista. Bert, jefe de radio. Anse Gruber, radarista. Kiktor Tsernikov, también radarista, además de encargado de las provisiones...

A medida que Mike iba haciendo las presentaciones, Viola estrechaba la mano del tripulante, pronunciando una palabra amable en cada caso. Al terminar, Mike hizo una observación.

—Veo que faltan dos, muchachos.

—Son García y Gaillard, capitán. Volaron con la «Santa Mónica» cuando a ésta...

Mike hizo un gesto de disgusto.

—Gajes del oficio — murmuró. Luego alzó la voz — Bien, muchachos, y ahora, conoced a nuestro patrón. La señorita Viola Virsov, propietaria de la cosmonave «Minerva» y jefe nuestro mientras dure la expedición que vamos a emprender. Buscad asiento por ahí, en tanto explico lo que tenemos que hacer.

Los tripulantes se desparramaron por la estancia. Algunos ya tenían su vaso en la mano, pero al que no, Viola se encargó personalmente de servirle. Se fijó particularmente en uno rechoncho, bajo, pero de gran fortaleza, cuyo ojo derecho estaba cubierto por un parche negro, sujeto por una cinta del mismo color, igual que los piratas navales de la antigüedad.

—Una intempestiva descarga de energía — sonrió el hombre, como justificando su mutilación.

—Lo siento, Bliss — murmuró ella.

Cuando Viola hubo terminado, Mike, con un vaso en la mano y un pitillo en la otra, empezó a hablar, exponiendo sus proyectos. Finalizó quince minutos más tarde.

—De acuerdo, capitán— dijo Bliss, el tuerto. Miró en tomo suyo —. Y creo que les demás también lo están, ¿no es así?

Hubo un coro de general aprobación.

Después, Köhler, el segundo, presentó una objeción.

— Para, desviar ese pedrusco que pesará varios millones de toneladas, si no cientos, se necesitarán unos cohetes muy potentes, capitán.

—Los tendremos — repuso la muchacha —. Están encargados ya a la General Rockets, una filial de las Espaciolíneas Virsov. Cada uno de ellos tendrá cincuenta mil toneladas de empuje y serán seis.

—Utilizaremos cuatro en el primer impulso, quedándonos dos de reserva por si fallasen los primeros— observó Mike.

—Además, los cohetes serán de doble impulso, o sea que podrán dispararse en dos veces.

—Veinticinco mil toneladas cada una — comentó el segundo —. Cien mil en total.

—Justamente — replicó la muchacha.

Una mano se alzó. Era la de Leahy, el tercer oficial.

—Esos cohetes deben de ser unos monstruos, señorita. Tan grandes o más que su nave. ¿Cómo los llevaremos hasta allí?

—Serán lanzados al espacio hasta una estación orbital dependiente de las Espaciolíneas. Descargados, naturalmente. El combustible irá en viajes sucesivos y la carga se hará en vacío.

— ¿Qué hará luego para enviarlos a donde está el K-4? —preguntó Bert, el radio.

—Ahí es donde entran tus habilidades — le contestó el propio Mike —. Unos cohetes auxiliares proporcionarán el impulso necesario para situar a los cohetes, unidos en un solo grupo, en la órbita precisa.

—Eso quiere decir que llevarán un control de radio — dijo Bert.

—Justamente. Y en la estación orbital encontraremos también unos cuantos grupos de cohetes auxiliares, que serán los que nos sirvan para manejar a los principales. Estos cohetes más pequeños irán adheridos magníficamente al casco de la «Minerva» y se utilizarán de la misma forma para mover a los grandes en la dirección que nos convenga.

Bliss meneó la cabeza.

—Aun así — observó con aire pesimista —, aunque utilizásemos las trescientas mil toneladas de empuje para arrancar al planetoide de su órbita...

— ¿Quién ha dicho que lo vayamos a traer hasta la Tierra?

Sólo necesitamos desviarlo media docena de kilómetros a lo sumo. Lo suficiente para evitar el choque entre él y el otro asteroide. Después...

François Leverauld, segundo maquinista, levantó una mano.

— ¿Qué interés, tiene ese asteroide, capitán? Porque una cosa hay evidente, y es que la expedición va a costar una fortuna.

Antes de contestar, Mike observó pensativamente el fondo de su vaso.

Dijo:

—Digamos un interés estratégico. ¿Está así bien, muchachos?

Leverauld se encogió de hombros.

Dijo:

—Para mí, sí, capitán. Pero permítame una observación. Hasta ahora siempre tuvo una absoluta confianza en nosotros. ¿Qué es lo que le ha hecho cambiar?

—Vuestras propias vidas — contestó el joven lacónicamente.

Hubo un movimiento de sorpresa general.

— ¿Qué está diciendo, señor? —exclamó Köhler.

—Ya lo has oído. Hay también otras personas que tienen interés en el K-4. Ya nos hemos rozado con ellas y puedo aseguraros que la entrevista no tuvo nada de agradable.

Gould frunció el ceño.

— ¿Piensa que íbamos a dejarnos impresionar por esos tipos, sean quienes fueren?

—Por supuesto que no. Pero por lo que pudimos ver la señorita y yo, están resueltos a todo. Ahora bien, imaginaos lo siguiente: Uno de vosotros es capturado por Spattino, entre paréntesis, ése es el nombre que dio, lo cual no quiere decir que sea el auténtico. Si conocierais exactamente todos nuestros planes, podríais decírselo. Y yo no reprocharía nunca nada, en absoluto, al hombre que hablara por sentirse incapaz de resistir una refinada tortura. Ése es el riesgo que trato de evitar, y en propio beneficio vuestro, además.

Bliss, el tuerto, se rascó la hirsuta pelambrera.

—Cuando ese Spattino quiere meter sus narices en eh asunto, es que el asteroide vale algo. Por lo que si atacó aquí, también puede hacerlo en el espacio.

— ¿Sugieres que debemos armar la nave?

—Algo por el estilo, sí, señor.

Mike miró hacia la muchacha.

Viola dijo:

—Salvo las armas portátiles de cada uno, yo no lo estimo pertinente. Se levantarían demasiadas sospechas, aparte de las que ya hay. Por otra parte, en la actualidad, no hay nave tan veloz como la «Minerva».

—Cualquier torpedo lo es, señorita Virsov — objetó Tsernikov.

—Para dispararlo es preciso antes situarse en una distancia mínima y favorable para el tiro. La maquinaria de automatismo de un torpedo no es nunca lo suficientemente poderosa como para poder guiarlo a través de varios millones de kilómetros de distancia. En este espacio, nuestros radares nos habrían avisado y tendríamos tiempo más que sobrado para desviamos, incluso lo suficiente para caer lejos del campo magnético del torpedo, si es que su cabeza directriz está también dotada de esta clase de ingenio.

—Puesto que es así, no tengo más que objetar— dijo el tuerto.

Hubo un rumor general de aprobación.

Después, Mike dijo:

—Mientras alistamos la «Minerva», será preciso tener montado un servicio permanente de vigilancia en torno a la nave. Nadie podrá acercarse a ella, sin un pase firmado por la señorita o por mí. Todo aquel que intente hacerlo, subrepticiamente, será rechazado, incluso por la fuerza. Esto es una orden, fijaos bien en ello.

Todos asintieron.

— ¿Cuándo empezamos a trabajar? — preguntó Köhler.

—Hoy mismo — dijo ella. Se puso en pie y de uno de los bolsillos de su traje sacó un montón de tarjetas que distribuyó entre los tripulantes —. Esto les servirá para llegar hasta la nave sin inconveniente alguno. Los mecánicos que hay allí tienen otra semejante. Todo aquel que quiera acercarse a la «Minerva» sin uno de estos pases, será considerado como sospechoso y, en consecuencia, tratado como tal, de acuerdo con las disposiciones de su capitán.

Tsernikov levantó la mano.

—Usualmente — dijo —, soy el encargado de aprovisionar las naves que comanda el capitán. Ahora, salvo orden en contrario, habré de hacer lo mismo. ¿Cómo he de pagar las provisiones?

—También lo tengo previsto — contestó la muchacha. Sacó un largo talonario, que parecía el de cheques de un banco y se lo entregó a Tsernikov —. Dentro tiene usted una lista de las empresas que pueden facilitarle todo cuando estime preciso para las necesidades de la nave. Bastará que entregue usted una de esas hojas, detallando al dorso lo adquirido, para que se lo faciliten sin más. No escatime, Tsernikov quiero que nada falle en la expedición, ¿me comprende?

El intendente hojeó el talonario y luego lo guardó en uno de sus bolsillos.

—No quedará descontento de mí, señorita. Capitán, ¿hay algo de particular que usted desee adquirir?

—Una botella de champaña para romperla contra el K-4 cuando hayamos conseguido separarlo de su órbita — rió el joven, y todos, le acompañaron.

Alguien dijo entonces:

—Yo pagaré una caja para que ustedes lo celebren a bordo de la «Minerva», capitán.

Todos se volvieron al oír la voz.

Dos hombres avanzaban hacia el centro de la estancia. Uno de ellos era fuerte, con cierta prominencia ya en el vientre, indicadora de haber rebasado la cincuentena. Tenía un aspecto jovial y sonreía amablemente.

El otro era alto, delgado, de vivos ojos negros y tenía todo el aspecto de ser un enfermo crónico del hígado.

Mike frunció el ceño al verle.

— ¡Hola, papá!—saludó la muchacha—. ¡Hola, tío!

Después se volvió hacia los demás.

—Les presento a mi padre y a mi tío, el Gran Almirante, Damon Smullen.

Hubo un coro general de saludos. Virsov estrechó con fuerza la mano del joven.

—Me alegro de conocerle personalmente, muchacho. Estoy seguro de que llevará a buen puerto la empresa.

—Eso espero, señor.

Virsov se volvió hacia Smullen.

—Creo que tú y el capitán ya os conocíais, ¿no?

Smullen torció el gesto.

—Tengo esa desdicha, en efecto — dijo secamente.

Mike se inclinó.

—Lamento mucho haber provocado su enojo, señor.

—Sus palabras no pueden desvirtuar en modo alguno los deshonrosos hechos que le llevaron a presencia del Tribunal que presido, joven.

—Le doy infinitas gracias por haberme rehabilitado, señor — Mike estaba a punto de enviar al diablo a su antipático interlocutor.

Y si no lo hizo, no fue por hallarse bajo el techo de los Virsov

y evitar a éstos una enojosa escena, sino porque había algo que amaba más que a nada en este mundo y era sentirse volar por el espacio a bordo de una astronave y no quería provocar un segundo conflicto con Smullen.

—No me dé las gracias a mí, sino a esta muchacha y a su padre, que no tienen dos centímetros cúbicos de cerebro — gruñó Smullen.

Virsov se echó a reír. Viola se mordió los labios.

—A veces — dijo sin poder contenerse —, te haces odioso, tío.

Su padre la palmeó en el hombro.

—Nena, ya sabes que tío Damon es un poco hosco, pero sólo en apariencia. En el fondo es muy bueno, ¿verdad?

El aludido contestó con un gruñido. Mike lo notó incómodo de paisano; claramente se le veía que sólo disfrutaba con la anticuada guerrera azul, con botones dorados y las mangas atestadas de galones que indicaban su categoría de Gran Almirante del Espacio.

—Bien — dijo Virsov acto seguido —. Creo que todos ustedes ya están impuestos de la tarea a realizar. Como dije, pagaré una caja de champaña para que celebren la desviación orbital del K-4. Sin embargo, hay algo que seguramente mi linda hija ha pasado por alto.

Todos miraron a Virsov inquisitivamente. Éste prosiguió:

—Me refiero a sus emolumentos. Todos irán por cuenta de la empresa, con el doble de lo que cada uno percibe, de acuerdo con su categoría. Hemos contratado un seguro de doscientos mil «garants», cuyo beneficiario será en la persona que ustedes mismos designen. Además, cada uno percibirá, al regreso, una prima extraordinaria de cien mil más, la cual está ya depositada en el banco a su nombre.

Hubo un hurra general. Virsov sonrió y luego miró a Mike.

—Habrá, sin embargo, una ligera modificación en sus planes, capitán. Tendrán que llevar a un pasajero más en la nave.

Mike le miró inquisitivamente.

—El almirante irá con ustedes. Damon, explícales las razones.

Smullen carraspeó.

—Seré breve. La expedición es parcialmente secreta. Pero el gobierno tiene, digamos, ciertos intereses en ella, por lo que ha juzgado oportuno enviar a un representante oficioso. Ese representante seré yo — concluyó con voz terminante.

Mike se pellizcó el labio inferior.

—No me gusta.

— ¿Por qué? —preguntó la muchacha, súbitamente inquieta.

Smullen dio un paso adelante.

—Yo te lo diré, Viola. El capitán teme que yo me inmiscuya en sus decisiones.

—Justamente, señor — repuso el joven, mirándolo fijamente.

—No tema, capitán — dijo Smullen —. Usted mandará la nave a su entero albedrío. Si les acompaño, es más que nada para informar del resultado de la expedición, así como de su desarrollo. Pero esto para nada ha de afectar en todo cuanto ordene, siempre que, naturalmente, sea en bien del éxito final.

—Está bien — terminó por acceder el joven —. Siendo así, no tengo nada más que objetar.

Virsov le tomó por el brazo.

— ¡Espléndido, muchacho! Y ahora, para, celebrarlo, ¿qué les parece si tomáramos un anticipo de champaña a cuenta?

Hubo un coro general de aplausos, que se redoblaron cuando el impertérrito Foulkes, seguido de un par de doncellas, penetró en la estancia, con cubos de hielo, botellas y copas.

Viola chocó la suya con la de Mike.

— ¡Por el K-4, capitán!

—Por usted, señorita — dijo él, en tono tan bajo, que nadie sino la muchacha pudo oírle. Y Mike sonrió complacido, al observar el súbito enrojecimiento de las mejillas de Viola.

## CAPÍTULO IV



IKE ajustó la longitud de onda de su transmisor de radio y luego lanzó una pequeña descarga de los cohetes impulsores que tenía sujetos a la espalda.

Frente a él, y a unos ciento cincuenta metros, dos de sus hombres estaban a caballo sobre un inmenso tubo, de unos diez metros de grueso por cincuenta o más de largo, que parecía un colosal torpedo de nueva especie. Sujetos a él con unos cortos cables, lo estaban remolcando lentamente hacia otro grupo de tubos situados «encima» de él a unos cien metros más arriba.

A treinta y seis mil kilómetros de distancia, la Tierra relucía como una inmensa bola de plata. Tenían siempre el mismo hemisferio bajo ellos, ya que la órbita que recorría la estación espacial, que era su base de operaciones, duraba exactamente veinticuatro horas, de modo que ambas giraban en el mismo tiempo.

La estación era, en síntesis, un colosal espejo cóncavo, de sección circular, de unos setenta u ochenta metros de diámetro. El espejo recogía el calor del sol y lo concentraba en un punto, donde estaba, el mercurio que se vaporizaba, moviendo así la turbina que proporcionaba la energía que precisaba la estación, condensándose después en la zona sin luz, y volviendo, por medio de un circuito sinfín, al mismo lugar, con el fin de no ser desaprovechado ni un gramo del metal.

Un enorme brazo, de casi cien metros de largo, formado por un sólido entramado de acero, era la antena que servía para las transmisiones. En la parte posterior del colosal espejo, en la zona sombreada, estaban las habitaciones estancadas: comedor, radio-control, cuarto del ingeniero jefe, sala de comunicaciones interplanetarias, esclusas de acceso, almacenes, repuestos, una serie, en fin, de cámaras adaptadas a las necesidades de la estación, en la cual pululaban una serie de técnicos y especialistas desempeñando cada uno su papel con sobria eficiencia.

La estación era de un tipo anticuado, sistema Ross-Smith, por lo cual había sido preciso hacerle, con el transcurso de los tiempos, numerosos aditamentos, de acuerdo con el progreso, que habían alterado no poco su primitiva fisonomía. Pero seguía cumpliendo su papel con innegable eficiencia y esto era lo que convenía a Mike.

— ¿Necesitáis ayuda, muchachos? —preguntó por radio.

—Gracias, capitán — contestó el tripulante Haakbigen, un fornido finlandés que, todos los días ejecutaba un milagro al embutirse en un traje espacial que siempre parecía venirle chico —. Nos arreglaremos nosotros mismos.

Amarrada a un saliente poste auxiliar de la estación se hallaba la «Minerva». Mike la contempló con orgullo.

Era una nave larga, afilada, reluciente como si acabara de salir de los astilleros, grande, pero dando una sensación de ligereza y rapidez inimaginable. En uno de sus costados veía las letras y el número de identificación, reluciendo fosforescentes en la eterna negrura del espacio. Había abierta una escotilla y por la misma, un par de hombres, Tsernikov uno de ellos, estaban trasvasando a la misma una serie de paquetes desde un cohete auxiliar abarloado a su costado. Mike descansaba en el ruso; era un eficiente aprovisionador y estaba seguro de pedirle cualquier cosa, por absurda que pudiera parecer en

pleno espacio, y serle servida al instante.

Había probado la «Minerva» en un corto vuelo en tomo a la Luna, hallándola fácil de manejo y obediente a los mandos como un caballo recién domado a las riendas. No había querido desarrollar toda la enorme potencia que encerraba en sus motores, convencido de alcanzarla cuando la necesitase. Pero sus ojos habían contemplado por primera vez la cifra un millón en el velocímetro. Y un millón de kilómetros a la hora era una cifra respetabilísima que ninguna de las naves por él conocidas había alcanzado hasta el presente.

Una voz muy conocida resonó dentro de su casco.

— ¡Buenos días, capitán! ¿O son buenas noches?

Mike se volvió. Hacia él avanzaba una silueta anaranjada, impulsándose con sus cohetes dorsales.

— ¡Señorita Virsov! —exclamó, lleno de sorpresa.

Ella agitó una mano.

— ¿Interrumpo?

—En absoluto. Estoy inspeccionando los trabajos de alistamiento.

—Le acompañaré, si no le molesto, Mike.

Viola se acercaba poco a poco.

— ¿Cuándo ha llegado?

—Hace unos momentos. En el cohete de las provisiones de boca.

—No me anunciaron su llegada — se quejó él.

—Temí disgustarle. Pero me aburría allá abajo.

—Y quiso distraerse, ¿eh?

Ya estaban casi al alcance de sus manos. A través del grueso cuarzo frontal del casco, él vio brillar los ojos de la muchacha.

— ¿A usted, qué le parece, Mike? -—sonrió Viola.

De no hallarse vestido con traje estanco, Mike se habría encogido de hombros.

—Bueno, es una forma de pasar el tiempo como otra cualquiera. Deme la mano — pidió él.

Con la izquierda manejó el mando inverso de sus chorros, frenando así el impulso de la joven.

Se miraron unos segundos, sonrientes.

— ¿Cuándo partimos, Mike? — preguntó ella al cabo.

—Dentro de una semana, no más, espero.

—Demasiado tiempo, ¿no cree? —suspiró ella.

—Es inevitable. Hemos trabajado como fieras para tener todo a punto, pero esto de llegar hasta casi la órbita de los satélites de

Júpiter no es como un picnic de fin de semana.

—Por supuesto, Mike. No tome mis palabras en serio.

— ¿Volverá abajo con el cohete?

—No sé qué hacer — murmuró ella, meditabunda —. En realidad, todo mi equipaje vino ya conmigo.

—Aquí no hay muchas distracciones. Como no se vaya a la sala de lectura de la estación a presenciar los programas de estéreo, no sé de nada que pueda divertirla. Ni siquiera podemos bailar; hay una falta absoluta de gravedad.

Súbitamente, alguien gritó a través de la radio.

— ¡Eh, cuidado! ¡Ese maldito «Jato» (1)...! ¡Sujétenlo, se ha escapado!

Mike y Viola volvieron la vista, instantáneamente. La sangre se le heló en las venas al primero al comprender no sólo lo que acontecía sino lo que podía llegar a suceder.

Un enorme cohete, de unos quince metros de largo por uno de grueso, flotaba lentamente en el espacio, suelto de sus amarras. Era una unidad propulsora auxiliar, destinada a poner en órbita a los cohetes mayores y contenía en su interior combustible suficiente para proporcionarle un empuje de diez o doce mil toneladas de fuerza.

Mike comprendió en el acto el gravísimo peligro que encerraba aquel cohete vagando a la ventura, como un pecio flotante en el espacio. El colosal tubo se deslizaba lentamente, errando con suaves y apenas perceptibles movimientos ondulatorios, hacia el centro del gran espejo receptor de los rayos solares. El joven calculó1 instantáneamente su trayectoria, viendo que iba a concluir en el foco del espejo.

Los cabellos se le erizaron. Allí la temperatura era de varios millares de grados y si el tubo llegaba hasta el foco, su carga se calentaría, estallando aunque no fuese más que por una simple descomposición química de sus elementos componentes. Y la estación quedaría destruida, sin contar con que acaso la explosión podía propagarse a otros lugares, originándose así una catástrofe de inenarrables consecuencias.

En consecuencia, actuó de la única forma que cabía hacerlo.

—Señorita, vuelva a la nave, ¡Pronto, no pierda un segundo! — y luego levantó la voz, llamando a los dos tripulantes que remolcaban el cohete grande —: «Haakbigen, Gould, aprisa, vengan a ayudarme! ¡Traigan un cable de remolque con gancho! ¡Dense prisa, por amor de Dios!

Y acto seguido, presionó el botón de mando de sus cohetes

dorsales, soltando un par de descargas que lo arrojaron con violencia hacia adelante.

El tubo oscilaba lentamente de un lado para otro, siguiendo, en apariencia, una trayectoria errática, pero dirigiéndose rectamente hacia el foco del espejo, del cual apenas si distaba ya sesenta metros. Su redondeada proa estaba a punto de alcanzar el borde de aquel colosal «bowl» en cuyo centro rugía silenciosamente un infierno de calor.

En pocos segundos alcanzó Mike al tubo. Buscó, agarrándose frenéticamente con ambas manos a su lisa superficie, una de las asas de remolque y se cogió a ella con la mano derecha, en tanto que con la izquierda manejaba los mandos del grupo propulsor.

Colocó su cuerpo de modo que los pies cayeran en sentido opuesto al espejo. Dio todo el gas y los chorros trepidaron, lanzando cárdenas llamaradas.

Pero no era tan fácil detener la marcha de aquel pesadísimo tubo. Aparentemente flotaba en un espacio carente de gravedad; sin embargo, había que modificar su inercia de marcha y esto requería una potencia superior a la que podían proporcionarle los cohetes impulsores, estudiados para mover solamente una persona en el vacío.

Mike se sintió zarandeado por el movimiento oscilatorio del «Jato». Los músculos de su brazo derecho se tensaron, amenazando con romper la tela de su traje espacial.

— ¡De prisa, de prisa! — llamó a través de la radio.

— ¡Calma, capitán!— exclamó Haakbigen.

El traje amarillo del finlandés brillaba en la negrura y eran visibles, asimismo, los destellos del cable de remolque que ondulaba lentamente en sus manos.

Mike notó que el sudor le corría abundantemente por todo el cuerpo. Hubiera puesto en funcionamiento la unidad refrigerante, pero no se atrevió, porque, para ello, debería haber soltado el asa del «Jato», interrumpiendo de este modo el continuo freno que hacía a su avance.

El borde del espejo pasó bajo sus pies. Instantáneamente advirtió Mike la elevación de temperatura, perfectamente soportable en aquel lugar todavía.

Gould y el finlandés llegaron en aquel momento. Haakbigen pasó el gancho del cable por el asa y luego rodeó su cuerpo con el mismo. Los tres hombres se agarraron al cable, dando la máxima potencia a sus grupos impulsores.

Pero muy pronto se dio cuenta el joven de que todos sus esfuerzos

iban a ser inútiles, al menos con la premura que se requería en aquellos momentos. Conseguirían desviar el cohete, pero no antes de haber pasado casi por el mismo foco del espejo concentrador de calor. En circunstancias ordinarias esto no tenía importancia, pero entonces diez segundos de tiempo que se perdiesen podían significar la diferencia entre la vida y la muerte.

En vista de ello, pues, cambió el plan.

— ¡Gould, ven conmigo! —gritó, y soltó el cable.

Cortó el chorro impulsor y suprimió el empuje. Después volvió a asirse del cable, invirtiendo la postura. En la forma en que ahora se hallaba, le pareció estar trepando hacia el espejo. La luz que despedían las láminas de sodio puro resultaba intolerable.

Trepando como una araña — en el espacio no hay arriba ni abajo, sino que la posición queda determinada por la que uno mismo ocupa —, llegó nuevamente al cohete, situándose ahora en la parte opuesta. Gould le imitó y luego los dos levantaron las manos a un tiempo, como si fueran a izar el pesado tubo, al mismo tiempo que disparaban sus cohetes.

— ¡Ánimo, capitán! — gritó Gould —. Esto cede.

Mike sintió que la temperatura aumentaba. Pero siguió haciendo presión con las manos.

Bruscamente, el cohete cesó en sus bandazos. Un instante permaneció quieto y luego empezó a empinarse de morro.

—Un esfuerzo más, muchachos — jadeó, sintiéndose literalmente empapado en su propia transpiración.

En aquel instante ocurrió la catástrofe. Sus chorros cesaron de funcionar.

Alguien lanzó un grito.

— ¡Capitán, los cohetes no funcionan!

Mike sintió al instante un silencio de nueva especie. Habitualmente, los chorros funcionaban en silencio, pero la salida de los gases no se hace nunca sin una ligerísima trepidación.

Sin embargo, antes de que hubiera podido detenerse a averiguar la causa de la avería, sintió que el tubo huía de sus manos.

Gould lanzó un grito aterrador.

— ¡Capitán, caemos hacia el espejo!

Era cierto.

Al cesar en el empuje que hacían sobre el «Jato», Mike y Gould salieron despedidos en sentido contrario, es decir, hacia el espejo. Les pasó lo mismo que a los nadadores al llegar al borde de la piscina

cuando apoyan los pies para proporcionarse un empuje suplementario para su carrera. Sólo que allí no tenían una capa de agua en la cual apoyarse para dirigirse en la dirección más conveniente.

Mike levantó la vista. El tubo parecía inmóvil, pero ya se había separado de ellos cuatro o cinco metros.

Movió piernas y brazos frenéticamente, en un loco impulso por salir de allí, pero no consiguió nada. Estaba en un lugar carente en absoluto de gravedad, sin el menor punto de apoyo, y la reacción opuesta del movimiento de empuje que hasta entonces habían estado realizando, les arrojaba hacia el hirviente foco del espejo.

El calor aumentó hasta hacerse intolerable. No se podía soportar la luz. Bajo sus piernas empezaron a deslizarse con estremecedora lentitud pero con no menos inexorable seguridad, las cegadoras planchas de sodio, ardiendo continuamente bajo el incesante resplandor del sol.

— ¡Me ahogo, capitán! — se quejó Gould, un par de metros a su derecha.

Mike alargó el brazo, intentando asir el de su compañero, para ver si era posible intentar entre los dos, algún movimiento que los pudiera salvar de la horrible suerte que les esperaba. Gould le imitó, pero sus dedos quedaron a cinco centímetros de distancia y a pesar de los desesperados esfuerzos que hicieron, no consiguieron disminuir aquel cortísimo intervalo.

—La unidad refrigerante, Gould — gritó el joven.

— ¡Tampoco funciona! —gimió el maquinista, lívido de pavor.

Levantó la vista. A quince metros sobre sus cabezas, ya fuera del fatídico borde del espejo, Haakbigen pataleaba frenético, en un fútil intento por lanzarles el cable de amarra. Pero su grupo impulsor también estaba averiado y no podía intentar nada que no fuera con riesgo de precipitarse él mismo en aquel hirviente caldero.

Mike notó que se ahogaba. Ya no podía, soportar más el calor. Milímetro a milímetro, con exasperante lentitud, las líneas de divisoria entre placa y placa de sodio iban pasando bajo ellos.

— ¡No... no puedo... más..., capitán...! —jadeó Gould, agónicamente.

Mike empezó a ver visiones. Rojas cortinas de llamas se alzaron ante sus ojos. Chispazos de cárdeno tono danzaron con loco frenesí en su hirviente cerebro. Notó vagamente que sus labios se movían, pero no pudo descifrar las palabras que pronunciaba.

Súbitamente, alguien chilló en sus auriculares.

— ¡Mike, agarre el cable!

Levantó la vista con notorio esfuerzo. A través de la espesa bruma de fuego que cubría sus pupilas, alcanzó a ver una figura que bajaba hacia él, empujada por sus cohetes dorsales. Algo largo y brillante culebreó en el espacio.

Sus manos ya sin fuerza asieron de modo mecánico el cable que le lanzaban. Sollozó al notar que era arrastrado hacia arriba. La temperatura disminuyó de modo súbito, aliviándole notablemente.

Vio sobre él una silueta anaranjada.

— ¡Salve a Gould! —gritó.

—Imposible — contestó la muchacha —. Demasiado tarde. ¡Mire, Mike!

El joven volvió la vista. Se sintió instantáneamente lleno de terror.

El desgraciado maquinista de la «Minerva» continuaba su fatídico viaje hacia el centro del espejo. Ya no se movía; indudablemente — pensó —, debía haberse desvanecido como consecuencia del espantoso calor que reinaba en aquel lugar.

La trayectoria de Gould duró unos pocos segundos, pero a Mike le pareció que pasaba un siglo. En el último instante, creyó ver algún débil movimiento de los brazos del desgraciado. Pero no estaba muy seguro de que se tratase de una ilusión óptica.

El infeliz siguió acercándose al foco del espejo, del cual ya distaba sólo unos pocos metros. En aquel lugar, la temperatura debía rebasar el millar de grados.

Súbitamente, una llamarada ardió un segundo en el centro de la colosal palangana. El fulgor se apagó al instante, y con él se desvaneció todo rastro del desventurado Gould.

Mike sintió que algo cálido y húmedo le corría por las mejillas. Sorbió unas gotas de algo salado, con un movimiento inconsciente, instintivo, sabiendo que no era sudor.

Manejando sus cohetes dorsales con gran habilidad, Viola le llevó hasta la «Minerva». Ya había un grupo de ansiosos tripulantes en la esclusa, los cuales le acogieron con singular satisfacción.

Un puñado de brazos se apoderó de él. Mike les dejó hacer, pues se sentía tembloroso y tan débil como un niño.

Vagamente se dio cuenta de que era conducido al interior de la nave. Unas manos oficiosas le despojaron de su traje, al mismo tiempo que el médico de la expedición, empezaba a reconocerle con rapidez, profesionalmente.

Luego le acostaron.

Viola penetró, llevando en la mano una botella de plástico en

cuya boca se veía una pajita, único medio de poder tomar las bebidas en aquel lugar sin gravedad.

Él la miró interrogante.

—Café — dijo simplemente; y Mike sorbió con ansia.

La infusión debía de contener algún sedante, porque el joven se durmió casi de inmediato. La droga le borró de la memoria, siquiera momentáneamente, la imagen del desdichado Gould encaminándose hacia la muerte más horrible que podía conocerse.

Durmió varias horas.

Cuando se despertó, Viola fue a verle. La muchacha tenía graves e importantes novedades que comunicarle.

—La noticia se ha hecho pública, Mike — dijo, consternadísima.

## CAPÍTULO V




IKE se sentó de golpe en la litera, mirando fijamente a la muchacha.

— ¿Se refiere a la muerte de Gould?

Ella sacudió la cabeza.

— ¡Oh, no! Las autoridades de la estación están investigando...

aunque me temo que no adelantarán nada. Pero no es a esto a lo que me quiero referir, sino al K-4.

Los ojos de Mike.

— ¿Quiere decir...?

—Sí — dijo ella, haciendo un gesto afirmativo —. Hace unos momentos, el último boletín de noticias habló del asteroide, detallando sus características con gran minuciosidad.

— ¡Diablos! — exclamó el joven—. Ésta sí que es buena. El secreto ha dejado de serlo.

Viola se retorció las manos.

— ¡Oh, Mike! ¿Quién habrá sido? ¿De dónde habrá partido una indiscreción tan espantosa?

—Eso es lo de menos — gruñó él. Sacó las piernas fuera de la litera, se sentó en el borde, y empezó a calzarse —. Lo importante es que ahora todo el mundo lo sabe y... ¿se imagina lo que va a suceder?

—Todos querrán llegar al K-4 antes de que se produzca el choque, Mike. El asteroide no tiene dueño. Será del primero que llegue allí... y todos nuestros esfuerzos se habrán perdido.

—Procuraremos que eso no suceda, muchacha— contestó él, poniéndose en pie. Cruzó la cámara y movió una palanquita —. Capitán a tripulación. Reúnanse todos en el comedor. Avisen a los que estén fuera con alguna ocupación. Es urgente.

Ella le miró con ansia.

Preguntó:

— ¿Qué es lo que piensa hacer, Mike?

—Tratar de ganar tiempo. Afortunadamente, llevamos una buena ventaja a todos los demás, por lo que podemos llegar allí antes que ninguno. Si lo conseguimos, podremos burlamos impunemente de cualquiera que trate de hacer valer sus derechos al K-4.

—Se me está ocurriendo una idea, Mike — dijo ella, en tanto que el joven se pasaba un peine por los revueltos cabellos —. ¿No habrá sido Spattino el autor de la noticia?

—Quizá. Pero ¿quién se lo dijo a él? Porque debe recordar que, cuando vino a mi cabaña, allá en las altas sierras, ya lo sabía. ¿Cómo se enteró? Cuando lo sepamos, habremos adelantado mucho.

—Si estamos ya en órbita hacia el K-4, de poco nos servirá conocer la forma en que Spattino obtuvo sus informes, Mike. Aunque parece ser un hombre capaz de obtener con facilidad cuanto desea.

—Posiblemente por eso mismo esté ya volando hacía el asteroide. ¿Se le ha ocurrido esa posibilidad, Viola?

Ella palideció súbitamente.

Pero Mike no le dio tiempo a recobrarse. La cogió por un brazo y la sacó de allí.

En el camino se encontró con Zaquero, un peruano que, además de tener a su cargo el cuidado de la maquinaria auxiliar, hacía de cocinero.

—Tengo hambre — dijo —. Llévame algo de comer a la cámara.

— O.K., capitán — respondió Zaquero.

Cuando llegaron al comedor, ya estaban allí la mayoría de los tripulantes de la «Minerva». Faltaban dos o tres, los cuales fueron llegando en tanto el joven consumía un plato lleno de carne y huevos hasta los topes.

El último en llegar fue su segundo Köhler, que anunció.

—El «paquete» está ya casi listo, capitán.

—Gracias, Köhler — asintió Mike. El «paquete» era el grupo de seis «Jato» con los cuales pensaban mover el K-4 —. Pero ahora no tenemos que hablar de los cohetes, sino de nuestra expedición.

Hizo una corta pausa para prender fuego a un cigarrillo. Expulsó el humo y dijo:

—Ya habéis oído las noticias. Sabréis entonces cuál es el motivo de nuestra expedición. Y asimismo os podéis figurar lo que va a suceder cuando la gente empiece a alistar naves para llegar al K-4.

—Una carrera en busca de platino, capitán — sonrió Bliss, el tuerto.

—Exactamente. Una carrera, en la cual, además, no se va a emplear nada que se parezca remotamente al «fair-play», o sea el juego limpio. Y que no lo va a haber, os lo demostrará la trágica muerte de nuestro compañero Gould.

Una negra, sombra pareció aletear unos instantes sobre el grupo de personas allí reunidas

Köhler rompió el silencio.

— ¿Cree usted que el accidente ha sido intencionado, capitán?

—Los grupos impulsores están intactos — dijo el finlandés —. Yo mismo los he examinado después y no he encontrado en ellos nada de particular.

—Muy bien. Admitámoslo. Pero ¿es la primera vez que se corta el encendido de unos cohetes por medio de unos impulsos de radio?

Todos callaron. Alguien, de pronto, lanzó una imprecación.

— ¡Maldición! ¡Es cierto, capitán! Pero yo puedo jurarle que no hemos sido ninguno de nosotros.

Mike movió la cabeza afirmativamente.

—Por supuesto. Os conozco a todos y sé que me sois leales. Sin embargo, ahí está la estación. Hay en ella más de cincuenta hombres y mujeres, todos miembros de su personal. Basta con que uno de ellos haya sido sobornado por Spattino para que haya provocado la catástrofe.

—Eso hubiera sido suicidarse. Si el cohete — objetó Tsernikov —, hubiera llegado al foco del espejo, la estación hubiera volado en mil pedazos.

—Entonces, el tipo no se hallaba en la estación, sino en alguno de los cohetes de enlace con el planeta. Bien, aún peor para nosotros, porque resultaría inútil pedirle al comandante de la estación que iniciase una encuesta. Lo único que conseguiríamos sería recargar de trabajo al capitán Lundströn y ya tiene bastante. Ahora lo verdaderamente importante es nuestra expedición. ¿Tsernikov?

El intendente le miró.

— ¿Sí, capitán?

— ¿Cómo va el aprovisionamiento?

—Faltan algunas cosas, pero en lo que de mí depende, podríamos emprender viaje en este mismo momento.

—Magnífico — aprobó el joven —. Leahy, ¿revisó los controles?

—Todo en orden, capitán.

—Y La radio, Bert?

—Funciona estupendamente, señor.

—Muy bien. Váyase allí y envíe un mensaje. Tome nota.

Bert sacó un cuaderno y un lápiz.

Mike meditó irnos instantes y luego empezó a dictar:

> «De Comandante «Minerva» a gran Almirante Smullen punto ante gravedad noticias he decidido anticipar partida punto momento zarpar será día veinticuatro corrientes 0015 horas punto imposible retrasar más el viaje punto encomiéndole pronta incorporación punto saludos O'Bannion capitán.»

—Eso es todo, Bert. Cífrelo y remítalo al Estado Mayor del Espacio, indicando prioridad A.

—Sí, capitán.

El radio se levantó y salió corriendo del comedor.

Mike miró a su segundo:

— ¿Cómo están los «Jato» grandes, Köhler?

—Ya hemos hecho casi el ovillo, capitán. Sólo falta adosarles los auxiliares y disparar, después del cálculo de órbitas.

—Muy bien. He citado al almirante aquí, como han podido oír todos, para dentro de cuarenta y ocho horas. Un minuto más tarde, dispararemos el «paquete». Diez después, zarparemos nosotros.

— ¡Eso es imposible, capitán! — exclamó el segundo.

Mike le miró ceñudo.

— ¿Por qué, Köhler?

—Es... que todavía tenemos que adosar los «Jato» auxiliares... instalar en ellos los controles de radio y...

—Tome los hombres que estime necesarios, que seremos todos, Köhler.

—Tendremos que contratar un primer maquinista, capitán.

—Leverauld ocupará el puesto de Gould.

El segundo vaciló.

—No sé si podremos...

—Podrá — dijo el joven con tajante acento —. Podrá hacerlo, aunque tenga que empujar los «Jato» con el aliento. O, de lo contrario, perderá la prima de doscientos mil «garants» que le aguarda a su llegada.

— ¡Doscientos mil! —resopló el tuerto Bliss.

Mike le miró fríamente.

—Eso es — Luego volvió la vista hacia la muchacha —: Aunque esto sea tomarme unas atribuciones que no me corresponden, he decidido doblar la prima. Creo que su padre no tendrá inconveniente en aprobar mi decisión, vistas las actuales circunstancias.

Viola asintió.

—Lo apruebo yo por mi cuenta, capitán. Tendrán doscientos mil de prima si llegamos al K-4 antes que nadie.

—Espero que sí — sonrió él.

En aquel momento, Bert irrumpió en la cámara.

— ¡Capitán! — gritó.

— ¿Qué hay, Bert?

— ¡Noticias, capitán! La radio acaba de decir que dos naves, la «Crimea» y la «Alpina» acaban de zarpar de Puerto Tierra rumbo al cinturón de asteroides,

— ¿Seguro, Bert?

—Positivamente, capitán — confirmó el radio.

Mike se puso en pie.

—Bien, muchachos. Ya habéis visto que yo tenía razón. La primera ola de la estampida acaba de producirse. Éstos quieren llegar al K-4 antes de que se produzca el encontronazo con el otro asteroide. Si no pueden arrancarlo de su órbita, si pueden pescar varias toneladas de platino qué los compensarían de sobra de los gastos de viaje. Pero nuestro plan es mejor. Nosotros llegaremos antes y, además, nos quedaremos con todo el planetoide que sin embargo, para conseguirlo, es preciso que aunemos nuestros esfuerzos y dispongamos todo para lanzar los «jato» antes de dos días. Después podremos dormir, ahora, ¡al trabajo!

Un ¡hurra! General acogió la decisión del capitán. Todos los tripulantes se atropellaron en su ansia por llegar al cuarto vestuario, pero Mike detuvo a uno de ellos, cogiéndole del brazo.

—Bert, tú no.

— ¿Por qué, Capitán? — se enfadó el radio—. ¿Es que me ha tomado tirria?

El joven se echó a reír.

—No, no es eso muchacho. Lo que sucede es que quiero que no te muevas de tu sitio, junto a la radio. Quiero que estés a la escucha continuamente, teniéndome al corriente de cualquier novedad que suceda. ¿Entendido?

Bert aprobó con un enérgico movimiento de cabeza.

—Entendido, capitán. Me voy ahora mismo a empezar mi guardia.

Cuando Mike y Viola se hubieron quedado solos, aquél sacó cigarrillos.

La pareja fumó unos instantes en silencio, hasta que ella, de pronto dijo:

—Mike, ¿cree usted que la mano de Spattino tiene algo que ver con lo que ha sucedido anteriormente?

El joven miró detenidamente la brasa de su cigarrillo antes de dar su respuesta.

—No tendría nada de particular — dijo al cabo.

— ¿Tan largo tiene el brazo, Mike?

— ¿Quién le enteró de que yo estaba pasando unas digamos vacaciones en las altas sierras? ¿Quién le enteró de que usted se proponía contratarme como capitán de la «Minerva»? ¿Quién, en fin, le sugirió la idea — entre paréntesis, es muy de agradecer — de reunir a mi tripulación? Si Spattino pudo hacer todo eso, lo mismo pudo sobornar a alguien para que nos inutilizara los grupos impulsores.

«Figúrese usted — siguió el joven —, que el «Jato» auxiliar cae en el foco del espejo. Toda la estación se hubiera ido instantáneamente al infierno. Y su nave también, porque, además, la explosión se hubiera corrido a los «Jato» grandes. ¿Se imagina…?

— ¡Oh, basta, basta, Mike!—exclamó ella, estremeciéndose —. No trate, de forzar mi imaginación. Bastante tengo con lo que he visto. El pobre Gould yendo hacia la muerte… sin nadie lo suficientemente cerca para poder evitarlo.

El puño de Mike se cerró con fuerza.

—Si ha sido Spattino — dijo con concentrado acento de ira —, juro que se lo haré pagar.

* * *

La llegada del Gran Almirante fue todo lo que cabía esperar de él y aún más, dado su avinagrado carácter.

— ¿Dónde está su capitán? —le espetó al servicial Bert, que era el único tripulante que en aquellos momentos se encontraba en la nave, apenas se hubo despojado de su casco espacial.

—Está con los demás, señor. Andan locos montando los controles de radio en el «paquete».

— ¿Locos? ¿El «paquete»? ¿Qué forma de hablar es ésa? ¡Llame inmediatamente a su capitán y dígale que venga a verme en el acto. En el acto, ¿me entiende? ¿Cómo se llama usted?

—Jim Bert, señor — contestó el radio, muy rígido.

— ¡Vaya y haga lo que le he dicho! —rugió Smullen.

Bert tragó saliva y huyó a la carrera. De buena gana le hubiera soltado cuatro frescas, pero sabía que Smullen era omnipotente en la cuestión de las licencias astronáuticas y el joven sentía verdadera pasión por su oficio.

Smullen estuvo paseándose por la cámara como un león enjaulado hasta que llegó Mike, acompañado por Viola, una hora y media más tarde. Lo malo para el almirante era que se olvidaba con frecuencia de que se hallaba en un lugar de gravedad cero y en cuanto daba un paso con más fuerza que el precedente, salía disparado hacia el techo como un proyectil.

En una de éstas fue cuando le encontró la pareja, y si bien Mike se limitó a sonreír, Viola soltó el trapo de la risa.

— ¡No se esté ahí quieto, capitán! — tronó el iracundo Smullen —. Ayúdenme a descender. A ti, sobrina, en lugar de reírte, más te valdría hacer instalar en tu condenada nave una planta de gravedad artificial.

—Lo quise hacer — repuso ella, en tanto Mike tiraba de los tobillos del almirante —, pero el capitán O'Bannion me dijo que una instalación de esas consume demasiada energía.

—Así es, señor — dijo Mike, mirando ya cara a cara a su irritado huésped —. Siéntese aquí y sujétese con las correas de la silla, señor.

Smullen pegó un manotón al aire.

—Déjeme, capitán — farfulló —; no preciso de su ayuda. ¿Por qué han tardado tanto?

—Me era imposible venir antes, señor.

Smullen barbotó:

—En lo sucesivo, sépalo de una vez, capitán, cuando yo le llame, acudirá sin tardanza, ¿estamos?

Mike miró a Viola con cara de «¿Qué le decía yo?», y luego volvió la vista hacia el viejo.

—Creía — dijo suavemente — que usted no se iba a inmiscuir en mis atribuciones, señor.

Smullen se agitó en su silla, visiblemente tocado.

— ¡Hem…! Bueno, está bien, capitán. De acuerdo; tenía trabajo. ¿Qué clase de trabajo?

Mike explicó, paciente:

—Estamos concluyendo de ajustar los últimos controles de radio, señor.

— ¿Para… el «paquete»?

Mike ocultó rápidamente una sonrisa que le acudía a los labios.

—Sí, señor.

— ¿Por qué partimos antes de la hora prevista, capitán?

—La noticia se ha hecho pública, señor.

—Ya. Usted quiere prevenir riesgos.

Mike asintió:

—Sí, almirante.

— ¿Qué clase de riesgos? No hay actualmente nave más rápida que la suya.

—A pesar de todo, almirante. No quiero hacer de liebre en una carrera con tortugas.

Smullen gruñó:

—Eso sólo pasa en las fábulas, capitán. En la realidad, la liebre gana siempre a la tortuga.

—Mejor pata nosotros, señor — contestó Mike, sonriendo ampliamente.

Smullen volvió a moverse en su silla.

—Está bien, capitán. Gracias por... sus informes. Puede volver a su trabajo.

—Es usted muy amable, señor.

— ¡Un momento, capitán! Una pregunta más. ¿Cuándo partimos?

Mike consultó su reloj.

—Son las 22,10, almirante. Dentro de dos horas y cinco minutos, exactamente.

— ¿Ya estará todo dispuesto para ese momento?

—Puedo garantizárselo, señor.

—Bien, váyase. Tú no, Viola. Tú quédate aquí, tenemos que hablar bastante.

Ella le miró, sonriente.

—Dispénseme, Mike. .

El joven sonrió e inclinó la cabeza. Acto seguido, dio media vuelta y salió de la estancia.

Bert le aguardaba ansiosamente en el corredor.

Exclamó:

— ¡Vaya un genio que se gasta el viejo, capitán! ¿Y todo el viaje lo vamos a tener que soportar?

Mike le palmeó la espalda afectuosamente.

—No te preocupes, muchacho; trataremos de hacerle agradable la estancia en la «Minerva».

—Pregúntele a Tsernikov si puso analgésicos contra el dolor de hígado — rio Bert, en tanto ayudaba a su capitán a colocarse nuevamente el casco de la escafandra.

A las 0,5, doce y cinco de la noche, según Greenwich, hora por la que se regían los relojes de a bordo, Mike oprimió el botón de contacto que ponía en funcionamiento los «Jato» impulsores del grupo de grandes cohetes. Y diez minutos más tarde, otro botón desencadenó un torrente de energía a setenta metros de distancia, en las entrañas del navío, desde, donde los efectos de la radiactividad no podían alcanzar los lugares habitados del mismo.

La gran aventura acababa de empezar. Había tenido un principio trágico: una muerte. ¿Tendrían un final feliz?

En el momento en que la «Minerva» se despegaba del muelle de atraque de la estación orbital, la radio lanzó al aire las últimas noticias: tres naves más acababan de zarpar de la Tierra rumbo al K-4.

# CAPÍTULO VI



OCOS días faltan ya para que se produzca el gran acontecimiento. ¿A qué gran acontecimiento queremos referirnos? Naturalmente, al que en los últimos tiempos acapara la atención de todo el mundo: el choque entré dos planetoides, cuyos números de serie son WVB-377 y KZF-4.701.

»Sí, señoras y caballeros, dentro de muy poco, ambos asteroides chocarán entre sí, reduciéndose a polvillo cósmico. No son opuestas sus órbitas, pero sí convergentes, lo cual, aunque reduce la velocidad de choque, no impide para que ésta se realice dentro de unas cifras elevadísimas, dadas las que llevarán en el momento del encuentro.

»¿Se producirá el choque? Ah, eso es lo que quisiéramos saber para informarles a ustedes con todo detenimiento. Por lo pronto, una gran carrera se ha organizado desde la Tierra, con objeto de llegar al segundo de los asteroides mencionados — más familiarmente conocido por la abreviatura K-4 —. ¿Por qué? Todos lo sabemos; porque es un inmenso pedrusco que casi cubriría el área urbana de Manhattan, compuesto casi íntegramente por platino. Basta tener un pico en la mano y arrancar unos cuantos fragmentos para conseguir, sin mayor esfuerzo, una fortuna.

»Ya ven qué fácil es.

»Pero esa fortuna se vaporizará si los dos asteroides chocan, como han predicho los más autorizados astrónomos, de cuya palabra no tenemos motivos para desconfiar. Y de evitar ese choque es de lo que se trata actualmente. O, por lo menos, de llegar al K-4 antes de la catástrofe, con objeto de sacar del mismo el mayor provecho posible.

«Para ello, numerosas naves se han alistado y están volando raudamente por el espacio en estos momentos. El afortunado mortal que llegue el primero al K-4 podrá llamarse su dueño con toda justicia y, aunque no logre arrancarlo de su órbita, como algunos pretenden, si tiene dos días, tan sólo dos días de tiempo antes del choque, podrá decir que se ha hecho rico en tan corto espacio de tiempo.

»Las últimas naves que han zarpado de la Tierra son la «Granada», la «Lucia di Lammermoor» — vaya un nombrecito, ¿eh? —, la «Vestris» y la «Pallas Athenea». Una docena más se hallan ya en órbita, rumbo a las proximidades de las de los satélites jupiterianos, en donde, según las predicciones astronómicas, se producirá el

choque, entre ellas, según nuestros informes, la «Minerva», comandada por el capitán «Big» Milis O'Bannion, un avezado lobo del espacio, a pesar de su juventud. Y si hemos de ser francos, las infinitas apuestas que se hacen, están todas en favor de la «Minerva», en proporción de diez a uno, siguiéndole de lejos la «Tridente», comandada al alimón por los hermanos Jack y Sam Butler...»

Mike alargó la mano hacia el altoparlante, al que todos los presentes en el comedor escuchaban con infinita atención transmitir el último noticiario desde la Tierra.

—Escuche, Viola. ¿Se ha fijado? Jack y Sam Butler.

Ella le miró intrigada.

—Dos nombres corrientes, Mike.

—Según como se mire, Viola. Recuerde: los dos esbirros de Spattino se llamaban también así.

La muchacha frunció el ceño.

— ¿Cree usted posible que...?

El altavoz volvió a hablar.

—Últimas noticias. Acaba de recibirse un informe, según el cual se ha registrado, una explosión espacial en el punto BT-IV-274. Hemos consultado nuestra carta estelar y tenemos fundadas razones para creer que se trata de la nave «Alpina»...

—Ésos ya no correrán por el platino — dijo Bliss, chupando flemáticamente su pipa.

Viola se estremeció.

— ¡Dios mío! Ha debido de ser horrible morir así.

—No habrán tenido tiempo ni de enterarse. Una explosión de tal índole causada, en mi opinión, por un régimen demasiado severo para los motores, se produce en una centésima de segundo. Y los ocupantes de la nave mueren instantáneamente.

— ¿Cree usted posible que pueda ocurrimos a nosotros algo similar, Mike? —preguntó la joven muy pálida.

— ¿Por qué? Todavía no ha desarrollado la «Minerva» toda la velocidad de que es capaz. Vamos sólo a siete décimas y media y nos faltan dos y media para alcanzar el máximo. Tenga en cuenta que la nave más rápida construida hasta ahora sólo llega a los seiscientos mil a la hora, de modo que le pasamos ciento cincuenta mil con toda facilidad.

— ¿Por qué no ha dado toda la velocidad?

—Prefiero no recargar innecesariamente los motores. Sé que no ocurriría nada; sin embargo, estimo necesario mantener un margen de

seguridad, que puedo desechar en el momento oportuno.

Hubo un silencio.

—La «Tridente» salió más de veinticuatro horas antes que nosotros, Mike — observó ella.

—No hemos visto el menor rastro, ni los detectores han señalado su presencia. Con toda seguridad, la hemos pasado ya de sobra.

—Deberíamos preocupamos por ella, si es que Spattino va a su bordo.

El joven se encogió de hombros.

— ¿Por qué? No es ni más ni menos que cualquiera de las demás, Viola. Peor sería que los tuviéramos con nosotros.

Ella meneó la cabeza.

—A pesar de todo...

El altoparlante, de la red interior ¡a interrumpió bruscamente.

— ¡Contacto radar!

Mike se puso en pie y se fue hacia el intercomunicador, manejando el mando de respuesta.

— ¿Posición, Leahy?

—B-I-IV-273'97, señor.

El joven se mordió los labios.

—Gracias, Leahy — y cortó.

Viola se le aproximó, en tanto los demás tripulantes le miraban expectantemente.

— ¿Qué es eso, Mike?

—Estamos a menos de tres centésimas del punto donde estalló la «Alpina», Viola.

— ¿Cree usted que se trata de sus restos?

La respuesta se la dio el propio altavoz.

—Capitán, un punto luminoso visible en el espacio, ángulo 12°.

—Debe de ser la misma, indudablemente — comentó el joven —. Bien, Leahy; mantenga ese punto bajo observación; ahora mismo voy para allá.

Luego se volvió hacia la sala.

—Que se aliste la patrulla de exploración, con corazas antirradiactivas. Yo iré a su mando.

—Tenga cuidado, Mike — dijo ella, cogiéndole por el brazo.

—No pase pena — sonrió él.

Salió de la estancia. Viola vaciló unos instantes, después de lo

cual resolvió seguirle.

Cuando llegó al cuarto de control, Mike estaba ya allí, sentado ante la pantalla telescópica, mirándola fijamente. Ella se le acercó con paso quedo, como si temiera interrumpir la observación.

Miró la pantalla.

En el primer momento, no pudo distinguir otra cosa que una mareante sucesión de estrellas de todos los colores. Pero después, forzando un poco la vista, consiguió ver un punto luminoso que en modo alguno podía confundirse con un astro.

Mike manejó el mando telescópico en conexión con el radar, hasta tener centrados a los dos. Después, movió el control de aumento y el punto luminoso se acercó bastante, aunque no lo suficiente para distinguir claramente sus detalles.

—No hay duda — comentó Mike —; se trata de la «Alpina». Leahy, ¿cuál es la desviación de las órbitas respectivas?

—Tres grados y dos décimas, señor.

—Demasiado — gruñó el joven, descontento —. Lance la alarma de cambio de rumbo y corrija el nuestro en un grado y ocho décimas. Así pasaremos lo suficientemente cerca de la «Alpina» como para mantenemos a su lado casi una hora.

El claxon aulló. Viola ya sabía lo que tenía que hacer, de modo que se agarró a lo primero que encontró a mano.

Treinta segundos más tarde, sintió una ronca trepidación en las entrañas de la nave. Necesitó todas sus fuerzas pura asirse a la barra que había cogido, pues se sentía irresistiblemente lanzada a un lado.

Pero aquello pasó pronto; el impulso que durante unos segundos había torturado su cuerpo, ahora habituado a un ambiente desgravitado, desapareció apenas la «Minerva» hubo tomado la nueva órbita.

—Es raro — comentó Leahy —; vamos casi a la misma velocidad que la «Alpina».

Mike salía ya del cuarto y se volvió.

— ¿Está seguro, Leahy?

—Segurísimo, señor. Cuando menos, así lo señalan los instrumentos.

El joven se mordió los labios, harto pensativo durante unos instantes. Después, sin decir nada, dio media vuelta y salió de la cámara. Viola le siguió.

La patrulla exploratoria, compuesta por Leverauld Haakbigen y Bliss estaba ya equipándose con las escafandras antiradiactivas, unos pesadísimos trajes, en cuya composición entraba principalmente el

plomo. Los trajes se movían con facilidad, pero para manejarlos en la Tierra se hubiera necesitado una grúa.

Zaquero alargo un traje al joven y otro a Viola. Mike, que no se había fijado hasta entonces en que ella le había seguido, respingó.

— ¿Es que piensa venir con nosotros?

—Si usted no tiene inconveniente, naturalmente— sonrió ella, metiendo una pierna en la pernera del traje.

Antes de que Mike pudiera objetar nada, Smullen hizo su aparición.

— ¿Qué ocurrió? ¿Por qué esa salida, capitán?

—Una nave ha estallado y vamos a investigar si quedan supervivientes, señor.

—Su obligación — contestó ásperamente el almirante — es seguir hacia la órbita del K-4, en lugar de entretenerse con problemáticos salvamentos. Es la primera vez que oigo hablar de supervivientes después del estallido de las pilas de una nave.

—Yo no he hablado nada de que los haya, señor — dijo el joven suavemente—. He dicho que vamos a ver si los hay.

Smullen lanzó un resoplido. Después miró a su sobrina.

— ¿También tú vas?

— Tengo ganas de tomar un poco el fresco, tío — repuso ella tranquilamente.

Smullen masculló algo entre dientes y luego dio media vuelta, marchándose con la misma brusquedad con que había llegado. Las risas que hasta entonces habían sido comprimidas reventaron con sonoridad.

Todavía sonaron dos veces más los claxons para anunciar otras tantas rectificaciones de rumbo, que no llegaron en total a una décima de grado juntas. Después, cuando el momento hubo llegado, pasaron a la esclusa.

Cada uno de los exploradores llevaba en la espalda su grupo impulsor. Uno tras otro se lanzaron al espacio, en fila india, dejando tras sí, unas cortas estelas de llamas anaranjadas.

Poco a poco, fueron ganando espacio y a medida que lo hacían, los detalles de la catástrofe se iban advirtiendo con perfiles estremecedores.

Aparentemente, la «Alpina» no había sufrido daño alguno. Pero al dar la vuelta por el costado opuesto vieron un horrendo boquete que casi tenía el diámetro del casco.

Los bordes del orificio, capaz de dar entrada a un camión pesado,

estaban rotos y agrietados. Esto no hubiera tenido nada de particular, si no hubiera sido porque la curvatura de las planchas destrozadas estaba hacia adentro, en lugar de hacia afuera.

Mike respingó al darse cuenta del detalle. Y sus demás compañeros también lo advirtieron.

— ¿Los habrán torpedeado, señor? —preguntó Bliss.

El joven no contestó, de momento. Estaba muy atareado consultando su detector, el cual no señalaba el menor indicio de radiactividad.

—Esto es muy raro — comentó apagadamente; y luego, dando más gas a sus chorros, se acercó a la nave.

Puso el pie en el borde inferior del boquete, observando los destrozos que se habían producido en su interior. Apartó la vista con repugnancia de unos helados harapos que habían sido un hombre y luego, cerrando el gas, pasó al interior, impulsándose solamente con las manos.

—No hay radiactividad, señor — exclamó el finlandés.

—Ya lo he visto — repuso el joven, distraído.

Llegó al corredor de acceso a la cámara de mando, viendo que todos los mamparos estaban combados y agrietados por efectos de la explosión.

A través de una de las grietas, capaz de dar paso a su mano, pudo ver un cuadro macabro: dos hombres, sentados en sus sillas, muy rígidos, completamente inmóviles, pero con los rostros totalmente negros, como consecuencia de una muerte por congelación y asfixia simultáneas, al quedarse la nave sin aire.

Una más completa observación dio por resultado hallar muertos a todos los demás componentes de la dotación. Algunos habían sido sorprendidos en su sueño y no se enteraron de lo que les sucedía. Otros yacían en el suelo flotando en el comedor, retorcidos en las trágicas posturas en que habían quedado después de unos segundos de horrible agonía.

Pero no había nadie vivo a bordo. Ni un superviviente pudieron encontrar y el misterio se hizo todavía mayor cuando se dieron cuenta de que las pilas atómicas continuaban todavía en perfecto estado de funcionamiento.

No había luz alguna y ello era perfectamente comprensible, puesto que los generadores auxiliares habían sido destruidos por el estallido. Sin embargo, resultaba absurdo que los motores continuaran intactos.

Aquél era un enigma que amenazó con una grave jaqueca al joven

y a sus compañeros, los cuales buscaron en vano los motivos de la explosión, pues les parecía sumamente improbable que la «Alpina» hubiera sido atacada y torpedeada.

Después de un atento examen de la nave, Mike se fue hacia la cámara de control y efectuó en ella algunas manipulaciones. Acto seguido, volvió hacia el agujero, en donde le estaban esperando ya todos los demás.

—Regresaremos a la «Minerva» — dijo —. Esto es un pecio flotante y un día podría causar perjuicios a alguna nave. He provocado la inestabilidad de las pilas, deteniendo el funcionamiento de los elementos moderadores. Dentro da media hora se producirá la explosión.

Salieron, haciendo funcionar los chorros. Pero apenas se habían separado media docena de metros, cuando la muchacha lanzó un grito.

— ¡Mike! Mire allí.

El joven obedeció. Forzando la vista, pudo ver un objeto largo y negro, inmóvil en el espacio, a unos cincuenta metros de la nave destruida.

—Quédense aquí — dijo —. Yo voy a investigar.

Forzó el régimen de su impulsor y se encaminó hacia aquel objeto. Como de costumbre, Viola le siguió.

Treinta segundos más tarde se hallaban ante un tubo, largo de unos veinte metros por unos dos de diámetro, totalmente agrietado en su dimensión longitudinal y destrozado por ambos extremos. Estaba completamente vacío, pero aun así Mike no tuvo inconveniente alguno en reconocer cuál había sido el primitivo objeto de aquel tubo.

—Era un «Jato» — dijo —. Por causas que desconocemos, debió de estallar y...

Se detuvo de repente. Viola le miró intrigada.

—Siga, Mike; no se pare.

El joven hubiera chasqueado los dedos, de haberle sido posible.

— ¡Ahora lo comprendo! —exclamó, muy excitado, y como hablaba por medio del transmisor, todo el mundo pudo oír sus explicaciones.

—Vamos, no me tenga sobre ascuas. ¿Qué es lo que comprende?

Mike tendió su mano hacia la nave.

—Por eso nos adelantó tanto la «Alpina», a pesar de que, en condiciones normales apenas si rebasaba la mitad de nuestra velocidad. Debieron de adosarle un montón de «Jato» con objeto de aumentar su velocidad y los disparaban a medida que los iban

agotando. ¿No lo entiende?

Ella asintió.

—Naturalmente, a cada «Jato» que era disparado, la velocidad de la «Alpina» aumentaba más y más. El caso era llegar cuanto antes al K-4.

—Justamente — aprobó Mike —. La cuestión de decelerar no tiene importancia en este caso; lo realmente práctico es alcanzar los primeros el asteroide. Y si hubieran dispuesto de un millar de «Jato», incluso habrían alcanzado velocidades inimaginables.

—Pero uno de ellos les estalló — dijo la muchacha, mirando estremecida la larga grieta que hendía el tubo en toda su longitud.

—Fue el definitivo — murmuró Mike. De pronto abrió mucho los ojos —: ¡Viola!

— ¿Qué le sucede? —preguntó la muchacha, repentinamente alarmada.

La mano de Mike señaló hacia el tubo destrozado.

—Lo mismo que hicieron los de la «Alpina» pueden hacerlo otros. Todo el mundo sabe que nosotros tomamos parte en la carrera... ¡maldición, ya se me ha pegado el condenado término! Bueno, si lo hicieron estos desdichados para rebasamos, porque sabían que de otra forma no iban a conseguir rebasarnos, ¿por qué no lo iba a hacer también Spattino?

Viola sintió un escalofrío.

—Mike...

—Vámonos, pronto — dijo él, dando gas a sus cohetes. Levantó la voz—. ¡Leahy!

La voz del segundo le llegó nítida a través de las ondas de radio.

— ¿Señor?

—Todo preparado para corregir nuestra órbita apenas hayamos pisado la esclusa. Inmediatamente, dispondrá todo para alcanzar la máxima velocidad permitida, ¿estamos?

—Entendido, señor.

Mike se dirigió hacia la nave, a la cual ya llegaban en aquellos momentos los otros tres tripulantes. Ayudó a Viola a pasar a la esclusa y apenas se hubo cerrado la compuerta externa, manejó el control de presión de aire.

Unos momentos más tarde, todo el mundo se hallaba sentado en los sillones antiaceleratorios. Mike tenía ante sí el cuadro portátil de mando, que telecomandaría los controles de las pilas productoras de la energía impulsora.

Movió la palanca de aceleración. A lo lejos, el infierno nuclear bramó sordamente, en tanto que la aguja del velocímetro subía lentamente, rebasando en pocos instantes la cifra ocho.

Estaban a punto de alcanzar los novecientos mil a la hora cuando, súbitamente, la nave sufrió un estremecimiento que hizo crujir de modo alarmante toda su metálica estructura.

La luz osciló unos instantes y luego se extinguió totalmente.

## CAPÍTULO VII




RA mareante aquel continuo movimiento de vaivén. La órbita no había sido modificada por el estallido de uno de los tubos laterales, pero, en cambio, la estabilidad general sí había resultado afectada y las consecuencias eran una serie de disturbios funcionales en los organismos que traían revueltos a todos los miembros que componían la tripulación de la nave.

En vano había sido que se lanzasen equipos al exterior, provistos de todo lo necesario para reparar la avería. El frío del espacio absorbía casi de inmediato el calor lanzado por las bocas de los sopletes y uno podía estarse hora tras hora sosteniendo la llama sobre el metal, sin conseguir otra cosa que un leve enrojecimiento, que desaparecía apenas pe quitaba el soplete a unos centímetros de distancia.

—“Es inútil todo cuanto estamos haciendo — mascullló Mike, golpeando con fuerza la mesa, en tanto que con la otra se oprimía el estómago, harto alborotado ya desde hacía unos días.

Habían conseguido reparar la red de alumbrado, pero éste era el único triunfo que habían conseguido. Ni aun poniendo en pleno funcionamiento los chorros laterales, ni siquiera dejándolos con el mínimo de energía, habían conseguido modificar aquel enloquecedor movimiento.

La nave giraba en torno a su eje longitudinal, describiendo un arco de círculo de 270°, es decir, las tres cuartas partes de la

circunferencia. Cuando parecía que iba a terminar la vuelta completa, al cabo de doce inacabables segundos, se detenía uno y retrocedía en el sentido opuesto.

Hubiera sido mucho mejor el círculo completo. De esta forma, hubieran tenido una pálida imitación de la gravedad, apenas un tercio de la misma, y esto no les hubiera molestado, especialmente evitando mirar a través de las lucernas. Pero había un momento, que sólo duraba un segundo, un frenético y enloquecedor segundo, durante el que la nave se detenía antes de reiniciar el movimiento opuesto, y en el cual la gravedad quedaba reducida a cero. Si uno tenía los pies apoyados en el suelo, al acabar dicho espacio de tiempo, sentía que inmediatamente la nueva acción de la fuerza centrífuga, que era, en definitiva, el substituto de la gravedad, tiraba de él hacia arriba, pareciendo que una mano invisible les asía de los cabellos. Y cuando todavía no se habían acostumbrado a la nueva acción, ya se ejercitaba otra en sentido opuesto.

—Pues usted tiene que hacer algo, capitán — bramó Smullen, con el rostro tan verde como la espalda de una rana. También tenía una mano en el estómago y su estado general era muchísimo peor que el del joven.

Éste negó:

—No puedo en las condiciones actuales. Tendría que hallarme en algún lugar donde la temperatura fuera algo superior, aunque sólo se tratase de un centenar de grados.

—La temperatura de la superficie de Júpiter es de unos ciento cincuenta centígrados por término medio — sugirió la muchacha, conteniendo una arcada.

—Pero no podemos aterrizar allí. La gravedad es más de dos veces y media la de la Tierra — objetó Köhler.

—Entonces — dijo lentamente Mike —, lo haremos en uno de sus satélites. Me refiero a uno de los cuatro grandes. Ío, Europa, Ganimedes o Calisto.

— ¡Está loco! —bufó el almirante—. Nos desviaríamos de nuestra órbita.

—Unas cuantas decenas de millones, de kilómetros, es cierto; pero también es cierto que no nos queda otra solución. La diferencia de la superficie de cualquiera de esos cuatro satélites con la del vacío exterior es del orden de ciento cincuenta a doscientos centígrados, a nuestro favor, naturalmente. Ahí sí podríamos utilizar los sopletes. Incluso, como tenemos material, levantar un compartimento estanco que se calentaría artificialmente. Pero hemos de aterrizar.

— ¿Y qué hará entonces? —preguntó Smullen, sin abandonar

su tono belicoso.

—Lo primero, ver si el chorro lateral está en condiciones de funcionar de nuevo.

— ¿Y en caso contrario?

Mike meneó la cabeza.

—Tendríamos… ¡hip!, que utilizar uno de los «Jato». Oh, no todo su contenido, sino solamente la cantidad de combustible necesaria para suprimir este maldito movimiento de vaivén. Hay que tener en cuenta que los chorros principales no han sido afectados y que por lo tanto, no hemos perdido nada de nuestra energía impulsora.

—Puede aterrizar en Ío o en Europa — sugirió Smullen —. Tienen un diámetro menor que Ganimedes y Calisto y, por lo tanto, su gravedad, aunque muy poca la diferencia, siempre será menor que la de éstos.

—No nos conviene — contestó el joven —. Están demasiado cerca de Júpiter y la atracción del planeta es demasiado sensible y ejercería mucha influencia sobre nosotros en el momento del despegue.

— ¿Entonces, en cuál de los dos piensa aterrizar?

Mike efectuó un breve cálculo mental.

—En Calisto. Tiene casi el mismo diámetro, ligeramente mayor, que el de Ganimedes, pero, en cambio, está alejado de Júpiter a un millón novecientos mil kilómetros. La distancia de Ganimedes es ligeramente superior al millón, pero ya he dicho que nos conviene evitar en lo posible la atracción gravitacional del planeta.

—Está bien. ¿Cuándo cree que podrá hacerlo, capitán?

Mike guiñó un ojo para mirar a un enorme reloj calendario que tenía frente a él.

—Dentro de una semana como máximo, almirante.

— ¿Y cuánto le costará la reparación?

—No puedo predecirlo, señor; pero no creo que rebase otros siete días.

Smullen miró también al calendario.

—El choque está previsto para dentro de veintisiete días. Después de que haya arreglado el tubo lateral le quedarán trece solamente para despegar, localizar el K-4 y aterrizar en él.

—Habrá tiempo suficiente — aseguró Mike —. Si todo sale bien, por supuesto.

—Pues ya puede arreglarlo, capitán — le amenazó el almirante—, porque, de lo contrario…

Smullen no pudo terminar. Hacía ya rato que el color verdoso de

su cara se iba acentuando. Súbitamente, se puso en pie y, colocándose la mano sobre la boca, lanzó un agudo hipido y echó a correr fuera de la habitación.

Viola también se puso en pie. También tenía un pañuelo en la mano.

—Yo..., ¡hip! Mike, lo siento..., pero..., ¡hip!...

Se tapó la boca con el pañuelo y echó a correr precipitadamente.

Mike sonrió, meneó la cabeza, pero no dijo nada, fingiendo no darse cuenta de las sonrisitas que aparecían en los rostros de los tripulantes que habían presenciado la escena.

* * *

El aterrizaje, teniendo en cuenta las condiciones en que se hallaba la astronave, fue algo notable. Primero tuvieron que situar el «paquete» en órbita alrededor de Calisto, con el fin de no tener que preocuparse de él en absoluto mientras el tiempo que durase la reparación. Después aterrizaron.

La «Minerva» tomó contacto con el satélite en un largo y estrecho valle, cubierto de gases helados, de unos mil metros de ancho, por una docena de kilómetros de largo. El fondo del valle, que más parecía un cañón, debido a las escarpadas paredes de sus lados, era liso y gracias a ello la operación se hizo sin mayores dificultades.

El paisaje, visto desde las lucernas, era impresionante. Una media luz de fúnebre aspecto, proveniente del Sol, en aquellos momentos a unos setecientos cincuenta millones de kilómetros de distancia, lo iluminaba y era más fuerte debido a la reflexión originada por las grandes masas de hielo que cubrían el suelo, del que sobresalían con siniestro color negro impresionantes agujas rocosas que en las alturas llegaban a confundirse con el espacio circundante.

A pesar del deseo que le ardía en la sangre, Mike hubo de refrenar los impulsos que sentía de salir cuanto antes. Y esto era lógico, teniendo en cuenta que los organismos se hallaban bastante alterados, como consecuencia del incesante movimiento que había ido sufriendo la nave en los últimos días, a lo cual había que agregar la gravedad del satélite, que, aun siendo apenas un quinto de la normal, era mucho más de notar cuanto que en un mes largo habían viajado en un ambiente carente de ella.

Necesitaron varias horas antes de aclimatarse a la nueva situación. Hubo muchos mareos y bastantes inestabilidades viscerales, pero entre la fuerza de voluntad de los tripulantes y los socorros del doctor Vallotton, pudieron vencer este inconveniente. Cuatro horas después de su llegada, el equipo de reparaciones se alistaba para salir

por la esclusa.

Mike en persona quiso ir a la cabeza. Se encasquetó el pesado traje de vacío, graduando la calefacción interna, de modo que pudiera contrarrestar la bajísima temperatura exterior, que alcanzaba los ciento setenta bajo cero. Comprobó el resto de los controles, hizo un par de ejercicios de sintonía con su transmisor y al fin oprimió el mando de expulsión de aire de la esclusa.

Cuando el vacío se hubo hecho en la misma, la compuerta externa, por sí sola se abrió, al mismo tiempo que una escalera de peldaños metálicos surgía del mismo casco de la nave. Mike caminó hasta ella y empezó a descender, seguido por el resto del equipo.

Los chorros laterales estaban aún a unos veinte metros del suelo, pero la nave estaba dotada para tales contingencias. En torno al casco había aparecido una especie de plataforma, con unas anillas de trecho en trecho, a metro y medio sobre la misma, con el fin de que pudiesen enganchar a ellas unos cables de seguridad a fin de trabajar cómodamente, al mismo tiempo que les servían para agarrarse y poder circular a todo lo largo de la circunferencia del casco.

Mike meneó la cabeza al ver los destrozos que había sufrido el chorro impulsor. Los bordes de la tobera estaban rotos y agrietados, como si hubieran sufrido los efectos de una explosión, sin duda por una excesiva descarga de energía. A su lado, Leverauld, el segundo maquinista, lanzó un agudo silbido.

— Vamos a tener más trabajo del que pensábamos, capitán —dijo.

Mike asintió.

—Eso me parece. Y trato de pensar de qué forma podríamos repararlo. Diciendo la verdad, no tenemos material para colocarlo aquí.

—Podríamos arriesgarnos a despegar, dejando las cosas tal como están, capitán.

— ¿Y cómo dirigiríamos la maniobra de cambios de rumbo? No, eso es imposible, Leverauld. Además hay que tener en cuenta que el revestimiento de cerámica refractaria del interior del tubo ha volado. Aunque arrancásemos una de las planchas del casco, la curvásemos en cilindro y la acoplásemos aquí, a la primera descarga se fundiría como mantequilla, dejándonos tal como estamos.

Mientras hablaban, los demás miembros del equipo estaban actuando ya con sus sopletes para limpiar aquello de restos destrozados. No tenían inconveniente en trabajar allí sin trajes blindados, ya que las descargas eran de combustible químico y falto, por tanto, de radiactividad.

Durante unos momentos, Mike estuvo contemplando el trabajo, al par que daba indicaciones a los tripulantes.. Estos manejaban con singular imparcialidad el soplete y el martillo, arrancando trozos de tubo de gran tamaño y arrojando luego los restos inservibles al suelo. Cada plancha que era cortada y lanzada causaba al joven un estremecimiento.

Una persona, enfundada en su correspondiente escafandra, vino hasta aquel lugar. Los ojos de Viola brillaron a través del cristal de la mirilla de su casco.

— ¿Cómo va eso, Mike?

—Ya puede verlo — repuso él con acento sombrío.

— ¡Qué extraño, Mike!

— ¿Qué es lo que encuentra usted extraño, Viola?

—La forma en que ha quedado el chorro. ¿Cree usted factible que una súbita descarga, por muy repentinamente que se produzca, pueda llegar a destrozar la tobera de salida de tal forma?

—Cosas más raras he visto yo — murmuró el joven.

—Pero no como ésta — aseveró la muchacha —. No quisiera que me tachase de suspicaz, pero tengo la sensación de que ha sido una explosión la causante del estropicio.

Mike lanzó un bufido.

— ¡Una explosión! Viola, por favor...

—Sí, ya sé que me toma por loca, pero yo sigo sosteniendo que la avería se ha originado en esa forma. Ahora... pienso lo que quiera, pero averigüe el resto.

El joven se encogió de hombros.

— ¡Una explosión! —volvió a repetir—. ¿Y quién diablos puso ahí la dinamita o lo que fuera para que estallase con el calor del primer chorro? Tendría que estar loco el que lo hiciera, ¿no cree?

— ¿Loco? O muy cuerdo, capitán O'Bannion — dijo ella, con un retintín que a él no le pasó inadvertido.

Hubo una corta pausa de silencio. Después ella se volvió y dijo:

—Mire esa pared de hielo, capitán. ¿Verdad que es un espectáculo realmente sensacional?

Mike asintió de mala gana, concediendo en su fuero interno la razón a la muchacha. Sí, era un espectáculo maravilloso.

A unos ciento cincuenta metros de distancia, el suelo se quebraba bruscamente en un ángulo casi recto, subiendo luego una distancia doble de la anterior, de una forma completamente lisa, como una gigantesca lámina de hielo, cuya anchura podía calcularse en más de

un centenar de metros de hielo. Su espesor debía de ser enorme, a juzgar por la profundidad de algunas, muy escasas, grietas que se advertían en la misma.

—Sí, es bonito — concedió, volviendo luego su atención al trabajo. Cambió unas cuantas palabras con Leverauld, muy afanado con su soplete, y, de repente, soltó una exclamación.

— ¿Sucede algo? —inquirió Viola, alarmada.

—No, excepto que creo haber hallado la solución.

Leverauld cortó el fuego de su soplete y se incorporó, dejándose caer hacia atrás. El cable le sujetó y en esta posición miró a su capitán.

—Arriba — indicó el joven — tenemos «Jato» auxiliares para mover los grandes. Pondremos aquí unos cuantos y les instalaremos un equipo de radiocontrol, con una onda única para su manejo. Esto nos servirá para llegar al K-4. Y allí es muy probable que nos sobre uno de los grandes, que luego acoplaríamos para el regreso.

El maquinista movió la cabeza afirmativamente.

—No es mala idea, capitán. — Luego volvió la mirada hacia el casco —. Tendremos que hacer aquí bastantes modificaciones. Los «Jato» tienen que quedar bien sujetos; de lo contrario, tendríamos danza de nuevo...: y todavía tengo el estómago revuelto.

Mike se echó a reír.

—Le garantizo que, si lo hace tal como le he dicho, no habrá más vaivén.

—Gracias — gruñó Leverauld —Gracias en nombre de las judías. Últimamente se quejaban mucho... dentro de mi barriga.

Acto seguido Mike desenganchó su cable y empezó a deslizarse hacia la escalera de acceso a la nave.

— ¿Adónde va? —preguntó ella.

—Arriba. Mi estimado jefe, ahora tengo que dedicarme al cálculo. No basta tomar los cohetes y sujetarlos al casco; hay que meditar bien las cosas antes de ponerlos en funcionamiento, ¿me comprende?

Ella asintió. Pero, cuando ya llegaban a la escalera, vieron a un individuo vestido con traje de vacío que bajaba por la misma.

Tuvieron que esperar a que les dejara sitio. Entonces advirtieron que era el almirante.

— ¿Adónde vas, tío?

—Tengo ganas de desentumecer las piernas, muchacha —rezongó Smullen —. Para mi gusto, demasiado tiempo en esa cárcel de metal.

Ella se echó a reír.

— ¡Cuidado con los monstruos, tío! Creo que en Calisto los hay muy feroces y capaces de devorarte de un bocado.

— ¡Insolente! —masculló el colérico Smullen, continuando su descenso.

Viola rio argentinamente, aunque Mike, por respeto, hubo de limitarse a una silenciosa sonrisa.

Trazado el plan, el trabajo adelantó rápidamente, para lo cual ninguno de los tripulantes escatimó trabajo. Los cálculos de Mike le demostraron que para obtener algún efecto positivo con los «Jato» auxiliares necesitaba cuando menos varios miles de kilos de empuje, por lo que procuró colocar los cohetes suficientes para que en ningún momento se produjera un impulso inferior a las diez toneladas. El aspecto, al terminar la tarea, un día antes de lo previsto, era desastroso y rompía la estabilidad armónica de la nave, pero se había salvado la situación y esto, de momento, era lo que importaba.

Bert, el radio, fue el último en dejar el trabajo, ajustando los últimos controles de radio. Después subió a su puesto y empezó a hacer los ensayos generales, pero apenas había puesto la mano en sus aparatos, lanzó un estentóreo grito cuyos ecos se expandieron por toda la nave.

Mike acudió a todo correr.

Preguntó:

— ¿Qué sucede, Bert?

Éste volvió a lanzar otra maldición.

— ¡Se ha estropeado o encallado el selector de ondas, capitán!

El joven se estremeció al pensar en las consecuencias de la avería. En el sistema de transmisiones radiales de la nave, el selector de ondas y, al mismo tiempo, eliminador de parásitos estelares, era una de las piezas más importantes, puesto que así permitía las comunicaciones con cualquier punto del Sistema Solar, sin tener que padecer las enojosas interferencias de las descargas de radio de las estrellas. Con el selector estropeado no podrían utilizar siquiera los transmisores individuales de los trajes de vacío y hasta, el radar resultaría afectado por aquella inesperada contingencia.,

Pero todavía no habían acabado las tribulaciones del joven. Súbitamente, una raya de un siniestro color cárdeno cruzó la negrura del espacio.

Su resplandor fue tan intenso que, durante unos instantes, Mike y Bert se vieron obligados a cerrar los ojos. El trazo de color rojo concluyó; una deslumbrante llamarada de color blanco azulada, seguida al instante por el sordo trueno de una explosión.

No se oyó el ruido, sino el temblor del suelo, transmitido a la nave. La «Minerva» se estremeció desde la punta de la ojiva a las aletas estabilizadoras.

En un segundo comprendió el joven lo que sucedía.

Y no fue tardo en el obrar. Tomó el micrófono, lo conectó con la red general y lanzó una orden:

— ¡Todo el mundo a su sitio! ¡Vamos a despegar inmediatamente!

## CAPÍTULO VIII




STA nave debiera llamarse «Desgracia», en lugar de «Minerva» —masculló el segundo de a bordo, en tanto forcejeaba con las correas para sujetarse en su sillón.

Por encima de sus cabezas, el altavoz de la red interior contaba los segundos. Mike adelantó el busto cuando otra línea de color rojo cruzó el espacio, yendo a impactar contra la base del muro de hielo que la muchacha le señalara días antes.

Un enorme fragmento de la lisa pared se desprendió del conjunto general. Osciló alarmantemente durante unos segundos, para inclinarse después con aterradora lentitud, cayendo al fin al pie de la pared, en donde se estrelló, pulverizándose al mismo tiempo que hacía temblar la tierra.

—Me gustaría echarle las manos al pescuezo al tipo ese que nos está bombardeando — refunfuñó Leahy, moviendo aceleradamente sus dedos por encima del teclado de control.

—No es a nosotros directamente a quienes van dirigidos los proyectiles, sino al muro de hielo — contestó el joven, cerrando los ojos un segundo al percibir la llamarada de un nuevo estallido.

Un bloque de hielo, que pesaría varios millares de toneladas, se desgajó con sonoro estrépito. Algunos fragmentos volaron por los aires, yendo a chocar estruendosamente contra el casco de la nave.

Súbitamente, a renglón seguido del estallido, un claxon aulló por encima del conteo de segundos. Mike sintió que los cabellos se le ponían de punta.

— ¡Alarma de escape! — exclamó, al mismo tiempo que una lucecita se encendía en el tablero.

—Es en la cámara de víveres, señor — dijo el tercer oficial, después de haber consultado el indicador correspondiente.

—Ciérrela, inmediatamente — gritó Mike.

Leahy pulsó un botón y al instante el claxon cesó de sonar, indicando con ello que el escape de aire se había detenido.

—Ha debido de ser algún trozo de hielo que ha roto la lucerna de la cámara — dijo el joven, ceñudo.

Por encima de sus cabezas, el megáfono, indiferente a cuanto les sucedía, seguía contando los segundos.

—24..., 23..., 22..., 21..., 20...

Mike apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento. Graduó el acolchamiento del sillón para la velocidad inicial que iban a adoptar en el momento del despegue, más de tres kilómetros por segundo, porque, a pesar de que teóricamente sólo hubieran necesitado pocos metros más de los dos mil por segundo, tenían que contar siempre con la atracción de Júpiter, que todavía se dejaba sentir a pesar de la distancia.

El alto parlante continuaba impertérrito su cuento.

El disparo se haría automáticamente al llegar al cero.

—... 15..., 14..., 13..., 12...

«¡Blaaam!» «¡Blaaam!»

Toda la nave se estremeció de arriba abajo. Mike tenía conectado un periscopio enfocado al muro de hielo y le pareció que todo el que había en aquel punto pasaba a sus venas.

La pared entera se desgajó del acantilado rocoso. Era un lienzo de casi trescientos metros de altura el que oscilaba lentamente, arrojando enormes trozos de la parte superior, algunos de los cuales cayeron sobre el casco, haciéndole retemblar estrepitosamente.

— 9..., 8..., 7..., 6...

Los cinco segundos siguientes fueron de una mortal agonía para el joven. Alguien, en otro lugar de la nave, debía estar presenciando el espectáculo de un modo directo, a través de un ojo de buey, y lanzó un histérico grito.

— ¡Por el amor de Dios, capitán! ¿Qué le sucede a este maldito bote?

La inclinación del colosal bloque de hielo, aumentaba por instantes.

— ...4..., 3..., 2..., 1... ¡CERO!

El vientre del navío rugió con estruendo de infierno. Colosales chorros de llamas salieron por las toberas impulsoras cuando se hizo el contacto automático.

El hielo vaporizado por el fuego del despegue subió en nubes a lo alto, ocultando parcialmente la visión de las cosas.

Pero la temperatura era tan baja que inmediatamente se condensaba en finos copos que luego caían lentamente.

El trueno de los motores aumentó. Con infinita lentitud, la nave empezó a subir, poco a poco al principio, pero con mayor rapidez a medida que la combustión de los gases le proporcionaba impulso.

Súbitamente, la «Minerva» arrancó como un caballo encabritado. Mike sintió que era arrojado atrás cuando el navío empezó a tomar velocidad.

Como fugaz visión sus ojos contemplaron el inenarrable espectáculo de una enorme masa de miles y miles de toneladas desplomándose con fragoroso silencio sobre el punto que acababan de abandonar. Tan sólo cinco segundos de retraso y habrían perecido allí inexorablemente.

No tuvo ya tiempo de entretenerse en tales pensamientos. Durante unos momentos, sintió un insufrible ahogo, debido al repentino aumento de la velocidad. Era realmente insoportable pasar de un peso de siete u ocho kilos, que era el que proporcionaba la reducida gravedad de Calisto, a otro muchas veces mayor. Pero en cuanto se hallaron en órbita libre, tomó el micrófono.

—A toda la tripulación. Manténganse en los asientos durante treinta minutos más, en tanto alcanzamos la velocidad suficiente. Avisaré el final. Terminado.

Después de aquello, en unión de sus oficiales, se encargó de la aceleración del navío, hasta haber alcanzado una velocidad satisfactoria. Hicieron numerosos cálculos, comprobados luego por la computadora de órbita!, los cuales les dieron por resultado el averiguar que en la forma de rumbo que seguían pasarían al menos a diez millones de kilómetros de distancia del K-4.

—Y el tubo averiado es el de estribor — comentó lúgubremente Köhler.

El viraje tenía que hacerse hacia la parte opuesta, de modo que hubieran tenido que utilizar precisamente el estropeado. Pero, como también había avería en el selector de ondas, no podía arriesgarse a lanzar un radio impulso que produjera efectos contrarios a los que deseaban obtener.

Mike maldijo profusamente en tanto trabajaba a toda presión. Estaban sufriendo una serie de inconvenientes como jamás le había sucedido en toda su larga experiencia de astronauta, pero dadas las circunstancias que habían motivado la expedición, no le cabía la menor duda de que debía tratarse de alguna mano alevosa la que les estaba originando todos aquellos trastornos.

Anunció el término del plazo, ordenando a todo el mundo, reunirse en el comedor, excepto Köhler, a quien dejó de vigilancia en la cámara de mandos. Después se liberó de las correas y se puso en pie.

Aguardó unos momentos hasta que todo el mundo hubo hecho su aparición en el comedor. Incluso Smullen se dejó ver por allí, no sin los regaños de costumbre.

Mike empezó a hablar.

—Queridos amigos: una serie de inconvenientes, totalmente imprevistos, ha hecho que nuestros planes hayan sufrido una ligera modificación en su desarrollo, no en el objetivó final. Hemos sufrido algún retraso, pero espero compensarlo desarrollando la velocidad máxima de la «Minerva», con el deseo de llegar al K-4 antes que nadie. Yo...

Smullen levantó la mano.

— ¡Un momento, capitán! ¿Con qué piensa mover el asteroide?

—Con los «Jato» grande, por supuesto, señor.

— ¿Sí? —exclamó sarcástico el almirante—. Y ¿puede decirme

dónde están esos «Jato»? Salimos de Calixto huyendo como ratas y no he oído para nada hablar de los cohetes.

—Me permití, arrancarlos de su órbita antes de que se estropeara el selector de ondas, señor — contestó el joven flemáticamente —, lanzándolos hacia la del K-4. Naturalmente, su velocidad es inferior a la nuestra, pero como seguimos la misma ruta, pronto los alcanzaremos. Entonces tendremos que remolcarlos y no con ondas de radio precisamente.

—Está bien — masculló el viejo —. Siga, siga.

Mike abrió la boca para continuar, pero entonces se dio cuenta de algo.

— ¿Dónde están Tsernikov y Zaquero?

Todos se miraron unos a otros, sin acertar con la respuesta.

Pero, súbitamente, Bliss lanzó un agudo grito.

— ¡Capitán, el escape de aire se produjo en la cámara de víveres!

Los ojos del joven se desorbitaron. Por un instante permaneció inmóvil, pero luego, saliendo de su estatismo, se precipitó fuera del comedor.

Hubo una estampida general. Pero Mike no se dirigió, como todos creían, a la puerta de la estancia mencionada, sino al vestuario, en donde empezó a colocarse frenéticamente un traje estanco.

— ¿Qué va a hacer, Mike? — preguntó Viola con ansiedad no disimulada.

—Si estos dos desgraciados se hallaban en la cámara de aire cuando el trozo de hielo rompió la lucerna, es inútil ya cuanto hagamos por ellos. Debieron de morir casi instantáneamente.

Bliss y Leverauld le ayudaban a ponerse el traje. Cuando hubo concluido, se dirigió a la esclusa de salida, con un fino folio de cable de acero rodeándole la cintura.

Apenas estuvo fuera del casco, enganchó el extremo del cable a una de las anillas que a tal fin sobresalían. Después, impulsado por sus cohetes individuales, contorneó la superficie cilíndrica de la nave.

Tal como suponía, la lucerna se había, roto en mil pedazos al sufrir el impacto del trozo de hielo. No había luz en la cámara de víveres, pero la que arrojaban las distantes estrellas era más que suficiente para distinguir los dos bultos informes que flotaban lentamente en aquel espacio sin gravedad.

Las lágrimas, tanto de piedad como de ira, acudieron a los ojos del joven. Sus manos se crisparon dentro de los espesos guantes de su traje y en su interior se prometió a sí mismo no descansar hasta haber

castigado al autor de aquel abominable crimen.

Permaneció unos momentos quieto, inmóvil. Después pensó que, puesto que ya no se podía hacer nada por aquellos desgraciados, lo más conveniente, era reparar la avería, lo cual tendría que realizarse desde el exterior, ya que resultaba imposible abrir la puerta de la cámara desde adentro.

Dio media vuelta a la llave de su transmisor para comunicarse con la nave y emitir las órdenes oportunas.

Pero apenas lo había hecho, un infernal torrente de ruidos de todo género pareció estallar dentro de su casco. Gritos, silbidos, chasquidos, agudas carcajadas, chasquidos, tal parecían las emisiones de radio de las lejanas estrellas, que ahora no podían eliminarse debido a la avería del selector de ondas.

Cerró el contacto inmediatamente y con el espíritu abrumado por el desastre regresó al interior de la nave.

* * *

Diez días más tarde llegó la ocasión del cambio de órbita. Antes de hacer nada y en el lugar acostumbrado, se celebró un cambio de impresiones.

—Estamos totalmente inválidos, capitán — declaró Bert —. El selector sigue estropeado. Faltan algunas piezas imposibles de reponer y no podría conseguir que hablásemos ni a dos metros de distancia.

Mike se frotó pensativamente la mandíbula.

—Entonces—dijo lentamente—no hay más que una solución.

—Expóngala de una vez, O'Bannion — gruñó el almirante—. ¿Para qué, si no, estamos aquí?

—Tendremos que conectar el mando de los «Jato» auxiliares con la cámara de mandos. O mejor, no hace falta tampoco. Uno de nosotros saldrá fuera y en el momento oportuno, cronometrado al segundo, lanzará el disparo con la intensidad requerida. Así podremos iniciar el viraje hacia babor, que luego, en caso necesario, neutralizaríamos con los chorros opuestos.

—Buena idea, capitán — aprobó Köhler —. Y ¿quién lo hará?

—No hay más que una persona — declaró con sonoro énfasis el almirante—: ¡usted!

Mike respingó. No tenía el menor inconveniente en hacerlo, pero tampoco le gustaba que le diesen órdenes y menos en aquel tono.

Viola le puso la mano sobre el brazo al mismo tiempo que le miraba suplicantemente.

—Está bien — rezongó el joven al cabo —. Yo mismo lo haré. Bert, prepárame todo lo necesario.

—Sí, capitán.

— ¿Köhler?

—Señor — contestó el segundo.

—Hágame todos los cálculos necesarios, incluyendo la intensidad del disparo. También necesitaré saber el segundo exacto en que habré de lanzar la descarga.

—De acuerdo — contestó Köhler, poniéndose en pie y saliendo de la estancia.

Mike se puso en pie.

Pidió:

—Bliss, venga conmigo a ayudarme.

—Sí, señor.

Salieron del comedor, dirigiéndose una vez más a la cámara vestuario. Mike empezó a ponerse el, traje de vacío, pero apenas había tenido tiempo de meter las piernas cuando llegó la muchacha.

— ¡Oh Mike! ¿Por qué es tan susceptible? — exclamó con tono quejoso.

— ¿Susceptible? No la entiendo, Viola.

—Ya sabe bien lo que le he querido decir, Mike. Mi tío es un cascarrabias y ha sido así desde que yo tengo uso de razón. ¿Por qué le ha hecho caso? En su lugar, yo le hubiera enviado a paseo.

—Lo malo es — sonrió él — que aquí no hay muchos lugares donde pasear, ¿eh, Bliss? —y guiñó el ojo al tuerto.

Éste se echó a reír.

—No hay muchos... o sobran, según se mire, capitán.

Los ojos de Viola chispearon súbitamente. Miró al joven, muy enojada, y luego dio media vuelta y salió de la cámara.

Bliss meneó la cabeza.

— ¡Qué esposa tan magnifica tendrá usted, capitán! ¡Cómo le envidio!

El joven se sobresaltó,

— ¿Eh? ¿Qué diablos está diciendo, Bliss?

Pero el otro no tuvo tiempo de contestarle. Bert entraba ya con un rollo de cable conductor en una mano y una cajita en la otra. El cable estaba unido a la caja por uno de sus extremos, y en la misma se veían una esterilla de control, un reloj y un dial.

—No tiene, más que acoplar el otro extremo del cable al

mecanismo de disparo de los «Jato», capitán. Luego se separa unos cuantos metros y por medio del control podrá dispararlos con la intensidad requerida.

El megáfono dejó oír su metálica voz.

— ¿Capitán? Köhler al habla.,

Mike se acercó a un micrófono.

— ¿Sí?

Köhler dijo:

—Intensidad del disparo: 4.600. Hora: las 19,12. ¿Quiere cronometrar, por favor? El reloj de la cámara de control señala las 18,27.

El propio Bert le ajustó el reloj que ya de antemano habían colocado en la cajita de disparo.

—Cronometrado, Köhler.

—Repito, capitán: Intensidad: 4.60 . Hora: 19,12.

—Enterado, Köhler, y gracias.

Se ajustó la escafandra, comprobando el suministro de aire y se dirigió hacia la esclusa. Unos minutos más tarde se hallaba ya en el vacío.

Caminó por encima del casco hacia los cohetes que habían situado encima del mismo. Meneó la cabeza con disgusto al ver que los «Jato» rompían las finas líneas de la «Minerva», pero como no tenían que moverse en un espacio con atmósfera, esto no constituía mayor obstáculo.

Llegó a donde estaban los cohetes e inmediatamente empezca trabajar. Hizo las conexiones, empalmando el cable con el mecanismo de disparo cosa que le costó más de lo que hubiera deseado, porque el frío del espacio endurecía el cobre del conductor, tornándolo quebradizo, y luego, al fin, lanzó un suspiro cuando todo hubo quedado listo.

Consultó su reloj. Eran ya las 19,10. El tiempo se le había pasado volando. Volvió sobre sus pasos y luego, llevando la mano al control de sus chorros individuales, lanzó un corto disparo que le separó unas decenas de metros de la nave, en tanto que el cable se desarrollaba.

Al situarse a unos treinta o treinta y cinco metros, se estabilizó. Graduó la intensidad del disparo según la esferilla, moviendo el dial hasta que la aguja negra marcó al número 4.000. Otra aguja, ésta de color encarnado, se movería cuando presionara el botón de lanzamiento, hasta unirse con la anterior, y entonces funcionarían los «Jato».

Esperó, con la vista fija en el reloj. Tenía el dedo índice apoyado

en el botón de disparo. Los segundos transcurrían rápidamente.

Faltaban cinco cuando Mike empujó a fondo el interruptor. La aguja encarnada se movió con una, en apariencia, exasperante lentitud, pero al término de dicho espacio de tiempo, se unió a la de color negro. Entonces levantó la cabeza.

Media docena de chorros de fuego salieron de las bocas de los «Jato». En la Tierra aquello hubiera provocado un estruendo inenarrable. Allí se hacía en el más absoluto silencio y ni la menor vibración llegaba hasta el joven.

El color rojo fue haciéndose cada vez más claro hasta tomar un definido tono blanco, brillante, imposible de soportar a ojo desnudo. Mike escorzó la cabeza, levantando la vista hasta la punta de la ojiva de la astronave. Tomó una brillante estrella como punto de referencia y vio que la proa de la «Minerva» empezaba a moverse lentamente.

Los chorros se extinguieron por sí mismos, recorriendo el mismo camino cromático pero a la inversa. La nave seguía virando lentamente hacia babor, aunque desde el lugar en que se hallaba Mike parecía que era la aguja de algún gigantesco reloj.

La virada terminó cuando los chorros contrarios la neutralizaron. Entonces fue cuando el joven dio por terminada su estancia en el espacio.

Volvió a los «jato» y desempalmó el cable, «arrollándolo de nuevo. Se dispuso a regresar a la nave y entonces fue cuando ésta, de modo inesperado, tanto que le derribó y volteó, dio una arrancada repentina.

Antes de que Mike pudiera rehacerse de la brusca sorpresa que le había causado el súbito movimiento de la astronave, la «Minerva» ya se había convertido en un minúsculo puntito rojo en el espacio, cuyo tamaño disminuyó hasta hacerse invisible por completo.

Cualquier otro, en su lugar, y en tan apurada situación, se hubiera desesperado. Pero Mike no era de esta pasta y lo único que le extrañó es que la cosa hubiera tardado tantos días en suceder.

Por otra parte, sus cavilaciones no duraron mucho, porque apenas dos horas más tarde fue recogido por una nave que pasaba «casualmente» por allí. Era la «Tridente» y la mandaban los hermanos Jack y Sam Butler.

## CAPÍTULO IX



IENTRAS la «Tridente» lanzaba cortos disparos, con el fin de equiparar ambas órbitas, Mike la examinó con todo detenimiento.

Era una nave hecha para navegar únicamente por el espacio, lo cual quería decir que pertenecía al tipo más antiguo, cuando las astronaves requerían indefectiblemente el uso de estaciones orbitales. Esto se traducía en una forma completamente reñida con la aerodinámica y, por lo tanto, aun poseyendo actualmente la energía necesaria, la «Tridente» no hubiera podido tomar tierra en un planeta dotado de atmósfera.

Los depósitos de combustible iban al exterior, en un complejo andamiaje. de viguetas de acero, lo mismo que el resto de la complicada estructura del navío, la cual lo había sido aún más al añadirle seis enormes «Jato», inferiores, no obstante, a los que el joven había dispuesto para mover el K-4, y que habían servido para suministrarle un suplemento de velocidad que, de otro modo, no hubiera podido alcanzar.

Soltó una pequeña descarga que le llevó hasta la esclusa de acceso, que ya tenía abierta la compuerta exterior. Pisó el suelo de la misma y en el acto la compuerta empezó a girar.

Cuando se hubo abierto la interior, Spattino salió a recibirla. Mike ya se estaba despojando del casco y le saludó con efusión.

—Mi querido capitán O'Bannion, ¡cuánto placer siento en verle!

— ¿Puede creerme si le digo que a mí me ocurre todo lo contrario? —contestó el joven en tono hosco.

Spattino se inclinó.

—Cualquier otra respuesta — dijo —, me hubiera defraudado profundamente, capitán. ¿Me permite que le ayude a despojarse de su traje de vacío?

—Cuánta amabilidad. Tengo la sensación de ser la res que se

engorda antes de la matanza.

—No tanto, no tanto, capitán — dijo el gomoso, sin dejar de sonreír —. Como buen descendiente de irlandeses, su imaginación peca de exuberante.

—Yo diría que es más bien modesta, pero no discutiremos por esto, Spattino — el traje quedó en el suelo, arrugado, y Mike terminó de salirse de él. Sus ojos brillaron con fiereza —. Acabemos de una vez. ¿Qué es lo que piensa hacer conmigo?

Spattino invitó:

— ¿No quiere que tomemos antes una copa?

Mike le miró con reluctancia. Spattino estaba desarmado y no se veía a ninguna otra persona en aquel lugar, pero el joven sabía que su interlocutor no era hombre que descuidase las precauciones. Por lo tanto, y por lo menos en aquellos instantes, se abstuvo de ejecutar ningún movimiento hostil.

—El alcohol en un espacio sin gravedad es particularmente dañino — objetó.

Spattino se echó a reír y le tomó confianzudamente por un brazo.

—Oh, qué arisco es usted, capitán. Qué importa una copita más o menos. Aun suponiendo que nos emborracháramos, tenemos todavía tiempo suficiente para espabilarnos antes de llegar al K-4. Venga, venga, por favor.

La «Tridente» carecía de las comodidades que poseía la «Minerva», precisamente por su misma anticuada construcción. Pero Spattino había hallado el medio de instalar allí una pequeña cámara que podía hacer muy bien de cuarto de estar. Había una mesa en el centro, en la cual ya se veían dos botellas de plástico con sendas pajitas del mismo material.

— Tome usted, capitán — dijo el gomoso, entregándole una. Cogió la suya y la levantó—. ¡Por el K-4!

Mike contestó al brindis y probó el licor, hallando que era un vino del Rhin muy apreciable. Sin embargo, se abstuvo de hacer otra cosa que mojarse apenas la lengua. Casi inmediatamente, depositó de nuevo el vaso sobre la mesa.

Se sentó, mirando s, Spattino.

—Bien — dijo —, ¿no cree llegada ya la hora de las explicaciones?

Spattino se echó a reír.

— ¿Qué explicaciones, capitán? Usted estaba perdido en el espacio. Llevaba en su traje estanco las suficientes piezas metálicas para que nuestros detectores registraran su presencia. Al advertir un

cuerpo extraño en el vacío, orientamos la nave hasta tropezamos con usted. El resto...

—El resto — dijo el joven con firme acento — debe tratar acerca de los inconvenientes que yo he sufrido en mi viaje. Tres muertos, varios mecanismos estropeados, yo mismo lanzado al espacio, para, naturalmente, que usted tropezara, conmigo... El tribunal investigador tendrá mucho que preguntarle en su día, Spattino.

Y al canalla que es su cómplice y que está a bordo de la «Minerva» también.

El gomoso miró profundamente a Mike. Sacó cigarrillos y le ofreció uno, junto con la llama de su encendedor.

—Lamento profundamente — dijo —, las muertes de sus tres tripulantes, capitán. Puede que no me crea, pero jamás estuvo en mi ánimo causar daños tan irreparables. En el momento oportuno, indemnizaré a sus familias de modo que no puedan tener queja de mí...

—Esa indemnización no podrá devolverles la vida, Spattino — contestó fríamente el joven.

—Lo sé — contestó el otro, encogiéndose de hombros —. Pero es lo único que puedo hacer. Ya le dije que han sucedido de modo totalmente ajeno a mi voluntad.

—Pero como consecuencia de actos ejecutados per usted o por su orden — dijo Mike con duro acento.

—Basta — le cortó el gomoso en el mismo tono —. Esa discusión está ya fuera de lugar. Nada de lo que podamos hablar conseguirá resucitarlos y ya le digo que pienso reparar el daño en lo posible.

—Con el platino del K-4.

—Exactamente.

— ¿Y cree que el cómplice que tiene a bordo de la «Minerva» podrá dominar a mi tripulación?

Spattino se echó a reír.

— ¿Cómo que si lo creo? Con absoluta seguridad, mi querido capitán. A estas horas — añadió con orgulloso énfasis —, ya están dominados sus hombres y le obedecen con mansedumbre de corderos. Así como lo oye usted, capitán.

— ¿Se lo ha comunicado por radio? El selector de ondas está averiado irreparablemente.

—No. No me lo ha participado, pero lo sé.

—Lo cual quiere decir que es un plan meditado de antemano.

—Justamente, capitán.

—Me parece que se equivoca.

Los ojos de Spattino brillaron súbitamente.

— ¿Por qué?

—Usted bombardeó el muro de hielo cercano a la «Minerva» cuando estábamos parados en la superficie de Calisto. Lo hizo con ánimo de eliminamos. Y en mi nave se encontraba también su cómplice. A éste no le habrá sabido muy bien que usted haya tratado de ponerle fuera de combate.

— ¿Adónde quiere ir a parar, capitán?

—Sencillamente, que el otro se la está guardando y que usted no tocará un solo gramo del platino del K-4. Al menos, en su lugar, yo haría lo mismo.

Spattino se echó a reír.

— ¡Qué iluso es usted, capitán! Yo no bombardeé la «Minerva». Lo parecía, nada más.

Mike se rebulló, desconcertado.

— ¿Me va a tomar por ciego? ¿Es que piensa que no lo vi con mis propios ojos?

—Oh, sí, claro. Pero aquellos estallidos no eran sino parte del plan para desconcertarles a ustedes. Debiera haberse fijado más en la supuesta trayectoria de los torpedos. La estela roja no iba de arriba abajo, sino de abajo arriba, cosa que se presta fácilmente a la confusión, cuando es una cosa que se realiza con suma rapidez. Y usted ya sabe bien lo que son las ilusiones ópticas. Especialmente, en su caso, cuando estaba sugestionado por un posible torpedo llegado desde las alturas.

—Pero… ¿entonces?

—Mi… digámosle amigo — siguió Spattino-—, se limitó a colocar algunas bombas térmicas, de pequeño tamaño pero de grandes efectos, en la base de la pared de hielo. Esas bombas despedían, en el momento del estallido, un cohete de gran rapidez, rapidez que se veía aumentada por la escasa gravedad de Calisto, que era el que le producía la ilusión del bombardeo.

—No lo entiendo.

—Está claro, hombre — rio Spattino —. Así desviaba de él las posibles sospechas.

Ahora el que rio fue Mike, desconcertando a su vez al gomoso.

— ¿Desviar las sospechas, Spattino? ¡Está loco! Nunca lo ha conseguido. Por lo menos, después de haber oído por la radio que usted y sus dos preciosos hermanitos salían en busca del K-4. ¿Quién sino él podía suministrarle todos los datos relativos al asteroide?

Vamos, vamos, no me tome por tonto. Descuidado, acaso, pero tonto...

Los ojos de Spattino brillaron súbitamente.

—De modo que lo ha sabido desde un principio— dijo.

Mike meneó la cabeza afirmativamente.

—De poco le ha servido, capitán — siguió el otro —. Ahora está usted en mis manos y no podrá hacer nada contra mi... amigo. Ni su tripulación tampoco, por supuesto. Ya la habrá él reducido a la obediencia.

—No esté tan seguro de mis hombres. Puede que de momento, le hayan hecho caso, pero no tendría nada de particular que quisieran vengar mi muerte porque ellos me creen muerto, ¿sabe? Y entonces no daría un centavo por la vida de... su amigo.

—Sea como sea, usted está aquí, capitán. Y cuando a un cuerpo activo se le quita, el cerebro, los músculos valen bien poco. ¿Comprende usted?

—Perfectamente — asintió el joven.

—Pues entonces — dijo el gomoso —, creo que ya hemos hablado bastante. Ahora, si no le importa a usted, voy a encerrarle. Le tendré así hasta que hayamos terminado con este asunto.

Mike se puso en pie.

—Estoy a sus órdenes — dijo mansamente.

Spattino se puso en pie y le indicó la salida con la mano. Mike echó a andar, pero de repente se volvió.

Frenó su movimiento en seco al ver una pistola en la mano de Spattino: Éste sonreía malignamente.

—Ah, no, capitán, no insubordinaciones en mi nave no. Son peligrosas para el que las ejecuta y yo las castigo sin piedad, ¿me entiende?

Mike se echó a reír.

—Era sólo una prueba, capitán — dijo de buen humor, después de lo cual salió de la cámara.

Fue encerrado en un estrecho camarote, dotado, sin embargo, de las comodidades mínimas, incluso de un receptor de radio conectado con el de la nave, por medio del cual pudo enterarse de las últimas noticias de la Tierra.

La «Minerva» se daba por perdida al no haber recibido la acostumbrada transmisión radial. Dos naves más se habían perdido definitivamente y los instrumentos habían registrado sus respectivos estallidos al forzarse el régimen de sus máquinas. La «Vestís» y la «Pallas Athenea» se aproximaban al asteroide normalmente y sus

cotizaciones estaban casi a la par.

Pero de la «Tridente» no habló el noticiario y ello no le extrañó a Mike, quien entendió así que Spattino había suspendido voluntariamente sus transmisiones, con el fin de conseguir mejor sus planes.

Los días transcurrieron lentamente. Jack y Sam le servían la comida allí mismo, pero se mostraron totalmente reacios a contestar a ninguna de sus preguntas.

Y Mike no dejó de notar que, mientras uno de ellos le pasaba al interior con la bandeja, el otro se quedaba en la puerta vigilándole atentamente, con la mano en la culata de una pistola, con objeto de evitar cualquier reacción suya.

Mike era un veterano del espacio y por ello, sin que nadie se lo dijera, supo que la nave estaba llegando a las proximidades del K-4. El distante trueno de los motores cambió su ritmo en un par de ocasiones, disminuyendo sensiblemente en la segunda de ellas. Entonces se dijo que era llegada la ocasión de actuar.

Tuvo que esperar hasta que le sirvieran la comida, ya que le resultaba imposible forzar la puerta, al hallarse cerrada desde el exterior. Cuando Sam Butler penetró en la cámara coa la bandeja en las manos, se llevó una enorme sorpresa al ver al joven tendido en el suelo, con la cabeza ladeada y los ojos cerrados.

La fuerza de la costumbre influyó notablemente en el forajido. Sam pensó que Mike había sufrido un desvanecimiento, pero no se le ocurrió pararse a meditar que, si tal cosa hubiera sido verdad, estaría flotando en el aire, por carecerse de gravedad en la nave, en lugar de yacer en el suelo. La asociación de ideas era inevitable y con ella había contado el joven.

Cuando Sam se inclinó para ver qué le sucedía, un par de fuertes garras se dispararon a su cuello, al mismo tiempo que dos rodillas se hundían cruelmente en su vientre.

Sam lanzó un agónico gruñido, pero en el mismo instante se sintió volar por los aires con inenarrable violencia. Chocó contra la pistola de su hermano y en el mismo instante se convirtió en polvo.

Por un momento, Jack se quedó aterrado al ver que, disparando de modo maquinal, había desintegrado a su propio hermano. Estos segundos que perdió le fueron fatales, porque ya Mike volaba hacía él.

Su cabeza chocó contra la mandíbula del forajido con inenarrable violencia, haciéndola crujir sonoramente. Jack puso los ojos en blanco y en el acto perdió todo interés por cuanto le rodeaba.

Mike no fue lerdo en el actuar. En un instante se apoderó de la pistola, metiéndosela en el cinturón. Después, tomando en vilo el

cuerpo desvanecido del individuo, lo lanzó al interior de la cámara, desconectando acto seguido el transmisor interior de radio.

Salió fuera y cerró la puerta.

Con la pistola en la mano, empezó a buscar la cámara de derrota, donde supuso que debía de hallarse Spattino, seguramente disponiendo la maniobra de aproximación al asteroide. Por un momento; llegó a temer que la «Tridente» llevase más tripulantes, pero en seguida desechó la idea. Más tripulantes significaba más carga de todo: aire, víveres, combustible, etc., y, por lo tanto, un aumento de peso que indudablemente habría afectado al rendimiento de la velocidad. No, el viaje tenía que haber sido hecho solamente por los tres, uno de los cuales acababa ya de convertirse en humo.

El sonido de una voz le orientó con toda facilidad. Suspiró con alivio al darse cuenta de que sus propias ocupaciones habían impedido a Spattino oír el leve chasquido de la descarga atómica.

Por la propia costumbre, anduvo de puntillas hasta llegar a la puerta de la cámara de control. La puerta estaba cerrada y Mike hizo girar el pomo.

Miró a través de la rendija. Spattino se hallaba vuelto de espaldas a él, hablando por un micrófono y el joven supuso sin duda, que era con el cómplice que tenía a bordo de la' «Minerva».

Contuvo sus deseos de saltar al cuello del forajido. Esperó unos momentos a que Spattino terminase de hablar, para no interrumpirle bruscamente su transmisión y de este modo alertar al secuaz que tenía en la «Minerva».

Cuando vio que el individuo cerraba la transmisión, terminó de abrir la puerta y dio dos pasos hacia adelante. En aquel momento, Spattino se incorporaba con ánimo de salir de la cámara.

El primer movimiento del gomoso fue arrojarse sobre Mike, pero se contuvo al ver la pistola que el joven empuñaba firmemente. Inspiró con fuerza y luego dejó que sus dientes brillaran en una amplia sonrisa.

— ¡Vaya!—exclamó, con falso buen humor—. Nuestro valiente capitán O'Bannion ha conseguido huir a la vigilancia de sus esbirros.

—Así es — dijo secamente el joven —. ¿Puede usted figurarse lo que voy a hacer ahora?

Una súbita palidez apareció en el rostro de Spattino.

— ¡Usted es un caballero! No disparará sobre un hombre indefenso, ¿verdad?

—Ya sabe bien lo que se dice, Spattino. Aunque le juro que no me faltan ganas de hacerlo, cada vez qué pienso en los tres infelices que

murieron sacrificados a su insana codicia. Pero ya lo harán por mí las autoridades de la Tierra. Lo menos que le aguarda es una condena de por vida en la Fortaleza Negra.

El labio inferior de Spattino tembló visiblemente.

—Para acusarme tendrá que presentar pruebas, capitán— trató de fanfarronear.

—Eso es cuenta mía — contestó secamente el joven. Acto seguido, ordenó —: Y ahora, póngase las manos en la nuca y no haga el menor movimiento sospechoso o le garantizo que le convierto en humo.

El forajido obedeció en el acto. Mike, entonces, se retiró a un lado y con un gesto de la mano con que sostenía la pistola, le indicó la puerta.

— ¿Qué es lo que va a hacer conmigo?

—Jack está muy solo y quiero que le haga compañía en su encierro. ¡Vamos!

Spattino echó a andar, pasando por delante del joven. Le arrojó una mirada cargada de odio, pero la amenazadora boca de la pistola le quitó de inmediato toda idea de resistencia.

Caminaron el uno detrás del otro hasta llegar a la puerta de la estancia donde Mike había estado encerrado durante todo aquel tiempo. El joven se retiró un par de pasos, con objeto de eliminar cualquier peligrosa reacción de su antagonista y luego le ordenó abriese la puerta.

Con la mano en el pomo, Spattino se volvió ligeramente.

— ¿Ya conoce las últimas noticias, capitán?

—Se les olvidó traerme el diario con el desayuno— contestó Mike con acidez.

—Yo subsanaré esta falta. Ha habido un error de cálculo en el del momento del choque de ambos asteroides. Se producirá veinticuatro horas antes de lo anunciado.

—Bueno — contestó el joven.

—No tan bueno — siguió Spattino —, si tenemos en cuenta que sólo quedan ya doce horas para que los dos planetoides se conviertan en polvo estelar. Teniendo en cuenta que nos faltan cinco millones de kilómetros para llegar al K-4 y que la «Tridente», consumidos los «Jato» que la habían proporcionado una velocidad suplementaria que nos permitió incluso rebasarles, sólo puede alcanzar a duras penas el medio millón de kilómetros a la hora, es evidente que, como máximo, sólo dispone usted de un margen de dos horas para conseguir sus propósitos.

— ¿Es eso cierto? —preguntó el joven, disimulando su asombro.

Spattino indicó:

—Tengo grabado el último noticiario. ¿Por qué no va a la cámara de mando y lo escucha?

Mike vaciló un momento; después, reaccionando, saltó hacia adelante.

Antes de que Spattino se percatase de sus intenciones, le golpeó duramente en la nuca con el cañón de su pistola.

El gomoso se desmayó instantáneamente. Quedó en una ridícula postura, medio en pie, medio arrodillado, sin caer del todo al suelo por no haber gravedad en aquel lugar.

Acto seguido, Mike abrió la puerta con la mano izquierda. Desde el fondo de la cámara, Jack le miró con furia impotente.

— ¡Toma, ahí tienes a tu jefe!—exclamó, empujando con el pie el inerte cuerpo del granuja.

## CAPÍTULO X



ÑOS más tarde, el propio Mike O'Bannion habría de relatar a sus más íntimos que jamás corrió una carrera tan desesperada, en una feroz e implacable competencia contra el tiempo.

Y contra la muerte, porque los motores de la «Tridente» estaban ya bastante baqueteados y la línea roja de seguridad estuvo a punto de ser desbordada en ocasiones, con el consecuente y gravísimo peligro de provocar la inestabilidad de las pilas nucleares y el inevitable estallido de las mismas.

Hubiera podido reducir la marcha, pero no se atrevió. Prefirió correr el riesgo, ya que sabía que a bordo de la «Minerva» estaban incomunicados con la Tierra y, por lo tanto, ignorantes de las últimas noticias. Bien sabía que, por algún medio desconocido para él, pero que, sin embargo, esperaba averiguar, Spattino y su cómplice habían

podido comunicarse, pero ¿habría participado el último de éstos la gravedad de la situación, al resto de los tripulantes de la nave de Viola? ¿Cómo diablos pensaba desempeñarse antes del choque? Y si lo evitaba, ¿qué haría después?

Estos torturantes pensamientos mantuvieron en tensión el ánimo del joven, mientras, agarrado al cuadro de mandos de la nave, procuraba gobernarla, fija la vista en los instrumentos. No se movió de su sillón, no probó bocado, ni siquiera tomó un sorbo de agua o fumó un cigarrillo, en las diez interminables horas que transcurrieron hasta que pudo, al fin, dar por concluida aquella terrorífica carrera.

Al cabo, con un inmenso suspiro de alivio, advirtió que el radar registraba los primeros impulsos emitidos por la «Minerva» y las observaciones le indicaron claramente que la nave permanecía en una órbita fija. Al lado del puntito diminuto que era la «Minerva», divisó otro, mucho mayor y de menos brillo, que calificó inmediatamente como el asteroide.

También notó en su radar que su presencia había sido advertida. Utilizó la radio, aullando como un poseso, pero sin que, a pesar de sus esfuerzos, consiguiera obtener la menor respuesta.

Por último, y con la ayuda del telescopio, pudo divisar las imágenes de la «Minerva» y el K-4. La nave era apenas una chispita brillante en el cielo, en tanto que el asteroide le aparecía ahora como una masa de increíble fulgor, despidiendo miríadas de chispas al ser herida su rugosa superficie por los incontables rayos de luz de las estrellas.

Ya hacía algún tiempo que venía decelerando. También tenía calculada la órbita de aproximación, de modo que al llegar al asteroide fue cuestión casi de pura rutina. Al término del plazo prefijado por Spattino, unos minutos más debidos a la natural pérdida de tiempo causada por la deceleración y las inevitables correcciones de rumbo, pudo ver a ojo desnudo sus objetivos finales.

Todavía tuvo que derrochar, sangrándole el corazón, diez minutos precisos que empleó en lanzar unos cuantos cables de anclaje al asteroide. Al hacerlo, vio tres o Cuatro individuos que subían hacia él, impulsados por sus cohetes dorsales.

Se desasió de las correas de sujeción y caminó a grandes saltos hacia la cámara donde tenía encerrados a los dos forajidos. Empuñó la pistola atómica y abrió la puerta.

Apenas lo había hecho, una intensa náusea le sacudió el estómago. Cerró la puerta en el acto, horripilado por el espectáculo que acababa de presenciar.

Spattino y Jack se habían convertido en dos irreconocibles masas

de carne y huesos machacados, aplastados contra los mamparos como consecuencia de la aceleración en su loca carrera contra el reloj. El joven se maldijo a sí mismo, por su olvido al no advertirles que se sujetaran firmemente o, por lo menos, haberles proporcionado los medios de hacerlo, pero luego trató de consolarse, sin gran éxito, diciéndose que, a fin de cuentas, aquélla y no otra era la suerte que se merecían aquel par de asesinos. Se los imaginó gritando frenéticamente en los primeros momentos de la aceleración, tratando de llamarle por un transmisor desconectado, y con los ojos de la mente, los vio aplastándose contra los muros a medida que la velocidad de la nave aumentaba.

Pero no había tiempo para sentimentalismo. Habían pasado ya treinta y cinco minutos del plazo fijado, lo cual quería decir que, en total, apenas si quedaban ochenta y cinco para el choque final.

Corrió hacia el vestuario, embutiéndose velozmente en un traje espacial. Probó la radio y el suministro de aire, después de lo cual se metió la pistola atómica en el cinturón y se dirigió hacia la esclusa.

Los escasos segundos que tardó en hallarse en el exterior le parecieron una agonía. Al fin se vio frente a tres de sus hombres, a los cuales reconoció de inmediato.

— ¡Capitán! —exclamó Bliss, pasmado, temblando dentro de su escafandra como si hubiera visto un resucitado.

— ¡Por las barbas del Profeta! — exclamó Leahy —. ¿Es usted o su espectro, señor?

—Soy yo, pero no tenemos tiempo que perder. Cada segundo cuenta. ¿Cómo van los trabajos?

—Bien, capitán — le contestó el tercer oficial —. Dentro de seis horas, aproximadamente, habremos terminado de instalar los «Jato».

— ¡Seis horas! — exclamó el joven desesperado.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó, muy intrigado Gruber, el radarista.

— ¡Cómo! ¿Es que no saben las últimas noticias? El momento del choque estaba mal calculado. Se efectuará veinticuatro horas antes.

— ¡Veinticuatro horas! —chilló el tuerto.

—Justamente. Y ya sólo nos quedan... ochenta y un minutos.

— ¡Jesús! —dijo Leahy—. ¿Está seguro, señor?

— No estoy loco, Leahy — exclamó el joven con aspereza—. Cuando digo una cosa, puede grabarse en una plancha de acero. Es natural que no lo sepan— lo había olvidado por un momento—, pero el selector de ondas está estropeado.

—Desde luego — contestó Gruber—. Sin embargo, en los últimos días, Bert consiguió hacer una chapuza y reparar lo suficiente para que pudiéramos utilizar los de las escafandras. Pero, naturalmente, no sirven sino para emitir y recibir dentro de un radio muy reducido.

Mike asintió. Luego miró a Gruber.

— ¿Qué tal funcionan los radares de la «Minerva»?

—Mal, señor. Aunque tienen sus propios selectores, son de menor potencia que el general, al cual estaban acoplados, y se ven muchas manchas confusas en las pantallas.

—Éste funciona bien. Anda a ver y comunícame el resultado.

Luego se dirigió al tercer oficial.

— ¿Qué ocurrió cuando la «Minerva» arrancó de súbito?

Leahy desvió un tanto la vista.

—Verá, señor..., la culpa es mía. Me distraje un momento y...

—Pero los chorros no es disparan solos, Leahy.

—Ya lo sé. Es que..., es que yo..., yo no estaba cuando se dispararon.

Mike frunció el ceño.

— ¿Entonces...?

—Comprendo que esté irritado conmigo, pero... bueno, el caso es que el almirante me llamó a su cámara. Yo estaba de guardia y... no debía haber abandonado mi puesto. Ya lo sé... sin embargo, pensé en mi patente y en lo cascarrabias que es el tipo y... y no me atreví a desobedecerle. Cuando llegué a su cámara... bien, la «Minerva» arrancó y... todavía no sé cómo estamos vivos, porque apenas tuve tiempo de encontrar un asidero después de oír el claxon. Eso es todo, señor.

—Suficiente, Leahy. Pero no se reproche nada; usted no tuvo la culpa. ¿Y después?

—El propio almirante tomó el mando. Dijo que en su ausencia él lo haría y... bueno... —Leahy estaba a punto de echarse a llorar —, ¿qué íbamos a hacer nosotros sí dijo que había sido alcanzado por el disparo de los chorros?

—Conque alcanzado por el disparo de los chorros, ¿eh? — masculló el joven—. Pero ¿es que, ninguno de vosotros supisteis daros cuenta?

—Yo..., yo... —Leahy no pudo continuar.

—Capitán — exclamó Gruber irrumpiendo en aquel momento —. El otro asteroide está a la vista. ¡Y hay que ver cómo viene!

Mike consultó su reloj. Ya sólo les faltaban setenta y cinco

minutos.

Preguntó:

— ¿Cuántos «Jato» habéis amarrado al satélite?

—Dos solamente, capitán.

—Perfectamente. Leahy, encárguese de que el resto de la tripulación se dedique a la tarea de reforzar las amarras de la «Tridente». En esta nave hay una potencia seis veces superior a la de todos los «Jato» juntos.

—A la orden, señor — contestó el tercer oficial, huyendo a escape.

—Vosotros dos, haced lo que he dicho. Mientras tanto...—y el joven no terminó su frase, perqué, sin pensárselo dos veces, se lanzó al espacio.

Impulsado por sus cohetes dorsales, recorrió en poquísimo tiempo la distancia que le separaba de la «Minerva», animado de un insaciable sentimiento de hacer justicia en el hombre que tantos crímenes había perpetrado. Unos segundos antes de llegar a la esclusa, tanteó mecánicamente la culata de su pistola atómica.

Pasó al interior de la nave, despojándose del casco, que lanzó a un lado. Acto seguido, se dirigió hacia la cámara, de mando, seguro de encontrar allí al traidor.

Antes de llegar, la puerta de la cámara se abrió y la fina silueta de la muchacha apareció en ella.

— ¿Qué hace usted aquí, capitán? — le preguntó con sequedad.

—Vengo a castigar a un asesino, Viola.

—Señorita Virsov, si no le importa — repuso ella.

Por un instante, Mike abrió la boca, estupefacto. Pero no tardó en recobrarse.

—Muy bien, pues. Señorita Virsov, si así lo quiere, ¿dónde está su tío?

—Aquí no. Quizá... en el asteroide.

—Perfectamente. Déjeme pasar un momento. Si no le importa, quiero hacer unas comprobaciones de rutina en los instrumentos.

—Se equivoca, capitán. Aquí ya no tiene que hacer nada.

Mike respingó.

— ¿Qué es lo que está diciendo? ¿Se ha vuelto loca? ~

— ¡Capitán! —gritó ella—. Conténgase.

— ¡Le digo que me deje pasar! —chilló el joven.

—No. La dueña de la nave soy yo y le he destituido del cargo. No tengo el menor inconveniente en llevarle a la Tierra, pero irá como simple pasajero. ¿Me ha oído?

—Sí, perfectamente — contestó el joven.

Y acto continuo, se miró pensativo la punta de sus gruesas botas.

Permaneció unos instantes en esta misma posición. Luego inició una media vuelta, como para alejarse do allí, pero apenas había ejecutado tal movimiento, giró nuevamente y, con inaudita rapidez, se abalanzó hacia la entrada de la cámara.

Sucedió tal como había calculado. La muchacha, al verle dar media vuelta, empezó a cerrar la puerta. El hombro derecho de Mike chocó contra ésta, lanzando a Viola al lado opuesto de la cámara.

Mike se lanzó a media altura, penetrando en la cámara como un obús. Por encinta de su cabeza sintió el chasquido de una pistola atómica.

Pero ya tenía la suya en la mano y Smullen no tuvo tiempo de rectificar su puntería. Cuando quiso advertir su error, era ya demasiado tarde y la mueca de espanto que había aparecido en su rostro se esfumó al desintegrarse en una nube de repelente polvo grisáceo, prontamente absorbido por los purificadores de aire.

Mike se incorporó, ayudando a hacer lo propio a la muchacha.

Viola sollozaba intensamente.

— ¡Oh, Mike, Mike...! —gimió, colgaba de su cuello—. Mi..., mi tío me amenazó con la pistola y yo..., yo no tuve otro remedio que..., que...

—No sigas — cortó él, palmeándola suavemente en los hombros —. En cuanto te vi, supe que ese forajido te coaccionaba con su pistola. Pero ahora ya ha pasado todo.

Ella le miró con ojos brillantes por las lágrimas.

—Es... es un milagro que estés vivo. Mi tío juró haberte visto arder con la descarga de los chorros...

—El debiera haber ardido — masculló el joven. Acto seguido, puso a Viola al corriente de lo que le había sucedido en los últimos días. Terminó diciendo —: No tenemos tiempo que perder; apenas nos quedan ya sesenta minutos. Voy afuera a ayudar a mis hombres.

Echó a correr hacia la esclusa, seguido por la muchacha. Al pasar por la puerta de la cámara que hasta entonces había ocupado Smullen, se detuvo y penetró en la misma.

La registró con manos febriles y no tardó en hallar en ella un objeto con apariencia de maleta, que abrió, encontrando en ella un

potente emisor de radio. Meneó la cabeza, apesadumbrado.

—Si no hubiera sido por ese inconcebible error de cálculo de los astrónomos, habría conseguido sus propósitos, porque con Spattino y sus dos cómplices, no le hubiera costado mucho dominar a la tripulación. ¿Y quién sabe si asesinarla después de arrancar al K-4 de su órbita?

Ella asintió. Luego preguntó, con ansiedad:

— ¿Crees que podrás conseguirlo, Mike?

El joven meneó la cabeza.

—Trataré de hacerlo, pero, francamente, tengo mis dudas.

Se puso el casco, comprobó una vez más los controles y se lanzó a la esclusa.

El pedrusco flotaba inmóvil en el espacio, enorme, brillante, despidiendo chispas por cada una de sus anfractuosidades y salientes. Los hombres de la «Minerva» trabajaban como locos, fijando una serie de sólidas amarras desde la otra nave al suelo del asteroide, sin preocuparse mucho de la estética y sí de que todo resultase lo mejor posible. En algunos sitios no perforaban la roca para situar allí el cable de remolque sino que, según las circunstancias, dada la rugosidad de la superficie del asteroide, se limitaban a buscar un saliente al cual enrollaban el cable, con el fin de ganar tiempo. Era una labor rudimentaria y hasta chapucera, pero la única factible, en la extraordinaria coyuntura en que se hallaban.

Mike trabajó frenéticamente, como un loco, moviéndose de un sitio para otro y maldiciendo la premura de tiempo que obraba en contra suya. Conectó los dos únicos «Jato» instalados con el cuadro de mandos de la «Tridente» por medio de sendos cables eléctricos y, mientras lo hacía, destacó a dos de sus hombres para que efectuaran cierta labor, desentendiéndose de la tarea común.

El trabajo le absorbió de tal manera, que un súbito grito de la muchacha a través de los transmisores individuales le sobresaltó enormemente.

— ¡Mike, estoy viendo el otro asteroide con el telescopio!

El joven consultó su reloj y se quedó aterrado. Apenas si quedaban ya ocho minutos para el momento del choque.

Fuera todo el mundo ¡Regresen inmediatamente a la nave!.— ordenó.

— ¡Date prisa, Mike, por amor de Dios! —gritó la muchacha, estremecida.

Mike se mordió los labios. Terminó de hacer el último empalme y luego voló raudamente hacia la «Tridente».

Penetró en su interior. Ya hacía rato que el aire se había escapado de la nave, porque Mike había dejado las compuertas de la esclusa abiertas con el fin de evitar una innecesaria pérdida de tiempo. Corrió hacia la cámara de mandos y consultó el radar, orientando luego el telescopio de acuerdo con las indicaciones de aquél.

Después separó la vista del instrumento. Apenas si le hacía ya falta usarlo.

Un punto brillante se desplazaba con inusitada rapidez por el espacio en dirección al lugar en que se hallaban. Todavía parecía muy lejos, pero Mike sabía que crecería hasta alcanzar un tamaño triple al del K-4. Ahora sólo le quedaba la duda: ¿responderían los cohetes y la nave conjuntamente?

Empujó la palanca a fondo. Los motores de la «Tridente» bramaron sordamente. Mike sintió en su propio cuerpo los efectos de la aceleración y le costó trabajo despegar los pies del suelo.

El tiempo se le hizo agónicamente largo hasta que hubo conseguido llegar a la salida. Una vez allí, puso en funcionamiento los cohetes dorsales y se lanzó al espacio.

Las toberas de la «Tridente» lanzaban enormes chorros de fuego. En el lado opuesto, pero en la misma dirección, los dos «Jato» funcionaban perfectamente, poniendo en juego cien mil toneladas de empuje. El espectáculo era maravilloso, realmente sensacional.

Poco a poco, fue apartándose del asteroide al mismo tiempo que se aproximaba a su nave. Se cercioró de que todo el mundo estaba a bordo, después de lo cual dio la orden de alejarse a suficiente distancia para no temer los efectos de la explosión que se produciría en caso de no poder evitar la colisión.

La «Minerva» se retiró a algunas docenas de kilómetros, de tal modo que el K-4 quedó reducido a un punto brillante en el espacio, sobre el cual se derramaban rugientes cataratas de fuego procedentes de los dos «Jato« y de las toberas de la otra nave.

Observaron la acción de los ingenios por medio de instrumentos.

Súbitamente, el megáfono empezó a hablar, pues Mike había dado orden de conectar el contador automático.

—Faltan sesenta segundos para el momento cero… Cincuenta y nueve… Cincuenta y ocho… Cincuenta y siete…,

El otro asteroide se veía a ojo desnudo, agrandándose de tamaño a medida que pasaba el tiempo.

— ¡El K-4 se-mueve, capitán! —chilló Leahy, que no le quitaba ojo con un pequeño telescopio.

Mike sintió que se le clavaban en su brazo las uñas de la

muchacha, pero no dijo nada.

—Cuarenta y cinco... Cuarenta y cuatro... Cuarenta y tres... Cuarenta y dos... Cuarenta y uno...

— ¡Köhler, retroceda unos cuantos kilómetros! — ordenó el joven.

—Sí, señor.

Los chorros de la «Minerva» se dispararon y el aparato se movió, alejándose unos quince kilómetros más. Estaban ya a unos cincuenta, de modo que podían considerarse en seguridad.

—La desviación orbital del K-4 es sólo de quinientos metros., señor — anunció Leahy.

Mike se mordió los labios. ¡Insuficiente!

—Treinta y uno... Treinta... Veintinueve... Veintiocho... Veintisiete...

—Mil metros, señor — dijo el tercer oficial.

Bliss agitó el puño.

— ¡Vamos, vamos, K-4, muévete, condenado! ¡Sólo te pedimos cinco kilómetros! ¿Tanto te va a costar?

— ¡Telescopio! —pidió el joven, y Köhler conecto el grande, ya que el otro lo tenía Leahy, haciendo observaciones.

—Desviación, dos mil, señor.

—... Diecisiete... Dieciséis... Quince... Catorce...

— ¡Ahí está!—chilló alguien.

Mike separó el ojo del telescopio. Una masa oscura cruzó por delante de la «Minerva». Parecía moverse con lentitud, pero su velocidad real era aterradora, y tan cerca pasó que llegó a ocultarles una buena parte del espacio.

—Desviación orbital del K-4, dos mil ochocientos, capitán. Alcanzará los tres mil cuatrocientos en el momento de la colisión.

—Necesitaríamos cinco mil como mínimo — masculló el joven.

Los últimos segundos se deslizaron con relampagueante rapidez.

—... Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno... ¡Cero!

Todos los ojos se alargaron hacia las lucernas instintivamente. Por un momento pareció que no iba a suceder nada, pero, súbitamente, un gran chispazo estalló en el cielo apocalíptico y durante una décima de segundo barrió todas las tinieblas de aquella zona del espacio. Apenas se habían extinguido sus resplandores, Mike aplicó de nuevo el ojo al telescopio.

Fragmentos de todos les tamaños salieron despedidos con

terrorífica violencia como consecuencia del fenomenal choque. Pero hubo uno, de particulares dimensiones, que empezó a girar sobre sí mismo como una peonza, adquiriendo una órbita que le llevaría a las inmediaciones de la «Minerva». Mike calculó que tendría un centenar de metros de lado por otro tanto de ancho y su color brillante le anunció como perteneciente al K-4.

Viola lanzó un gemido.

— ¡Oh, Mike, hemos fracasado!

Él se volvió a mirarla, con aire sonriente.

— ¿Lo crees así? —dijo.

La muchacha parpadeó incrédula.

— ¡Mike!

Éste hizo una seña. Bliss, el tuerto, le alargó un trozo de mineral que lanzaba resplandecientes destellos a la luz de la cámara.

—-Te prometí un pisapapeles — dijo —. Aquí lo tienes.

Ella tomó el trozo de platino, cuyo peso no dejaba sentir en aquel lugar carente de gravedad, pero que en la Tierra no podía ser menos de una docena de kilos. Luego miró al joven que no dejaba de sonreír.

—Todo no se ha perdido, querida — dijo —. Es cierto que la explosión ha destrozado el K-4, pero sólo parcialmente, porque no se efectuó en la forma prevista. De no haber conseguido esos tres kilómetros y medio de desviación, se hubiera reducido a polvo, pero, de esta forma... han saltado al espacio muchos pedruscos, con los cuales tenemos nuestra fortuna asegurada.

Ella sonrió a través de sus lágrimas.

—Mike, eso ya no me importa.

El joven la tomó en sus brazos.

—Por supuesto que no. Has perdido un asteroide, pero, en cambio, has adquirido un satélite.

— ¿Un satélite? — exclamó ella extrañada.

—Sí — repitió Mike —un satélite que girará en tomo tuyo durante toda tu vida: yo.

La muchacha lanzó un grito de placer y, sin dudarlo más, se colgó del cuello de Mike. Levantó sus labios hasta los de él.

Mike la besó.

—Detrás de ellos estaba Bliss, que les guiñó su único ojo.

—Así — rezongó — cualquiera es satélite.


FIN

# MUNDO PROHIBIDO

**¡UN MUNDO EXTRAKO, INCONCEBIBLE, ESCALOFRIANTE !**

**Es el planeta fantasma que *LAW SPACE,* con su impresionante fantasía, le mostrará, para su asombro, la próxima semana.**

**Un mundo surgido de los abismos negros del espacio a las proximidades de la Tierra…**

**¿Qué misteriosas formas habría adoptado la vida para seguir aferrada a aquel astro errante?**

**¡MEJOR HUBIESE SIDO NO IR A VERLO!**

**LOS HUMANOS HUBIERAN EVITADO SUS HORRORES Y LA NECESIDAD DE CONSIDERARLO COMO**

# MUNDO PROHIBIDO



Escena de «RENDICION...!JAMAS¡

Distribuida por RADIO FILMS

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos

# Notas

[←1]

Iniciales de JET ASISTER TAKE-OFF. Con ellas se designa cualquier cohete auxiliar que sirve para la impulsión de otro principal o de una aeronave. (N. del A.)